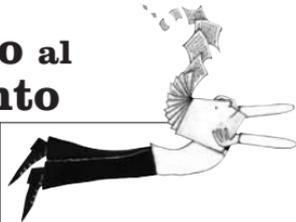


# libro al viento



UNA CAMPAÑA  
DEL INSTITUTO  
DISTRITAL  
DE CULTURA  
Y TURISMO  
Y LA SECRETARÍA  
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional  
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría  
EDUCACIÓN

Instituto Distrital  
CULTURA Y TURISMO  
Una Cooperación por el Orgullo

*Bogotá sin indiferencia*



Hans Christian Andersen

---

LOS VESTIDOS DEL EMPERADOR  
Y OTROS CUENTOS



Alcaldía Mayor de Bogotá

---

Instituto Distrital de Cultura y Turismo  
Secretaría de Educación del Distrito

Hans Christian Andersen



---

LOS VESTIDOS  
DEL EMPERADOR  
Y OTROS CUENTOS

ILUSTRADOS POR OLGA CUÉLLAR

# ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D. C.  
Instituto Distrita  
**CULTURA Y TURIS**  
Secretaría  
**EDUCACIÓN**  
*Bogotá sin indiferencia*

Luis Eduardo Garzón  
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

## Instituto Distrita de Cultura y Turismo

Martha Senn  
DIRECTORA

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento  
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES  
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda  
GERENTE DE LITERATURA

## Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes  
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Alejandro Álvarez Gallego  
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López  
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara  
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Agradecemos a los autores y a Ediciones B, Alfaguara  
y Villegas Editores, que gentilmente cedieron los derechos  
para esta edición

- © Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes Posada,  
Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes (Distribuidora y Editora  
Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., 2000) Evelio José Rosero,  
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

Instituto Distrita de Cultura y Turismo  
[www.idct.gov.co](http://www.idct.gov.co)

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción  
total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-

Asesora editorial: Margarita Valencia Vargas

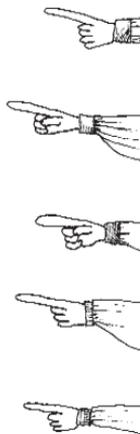
Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Cargraphics. Hecho en Colombia

## CONTENIDO

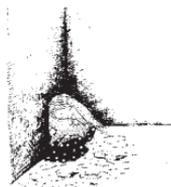
El ruiseñor chino	13
Pulgarcita	35
El patito feo	59
La niña de los fósforos	89
Los vestidos del emperador	97







Hans Christian Andersen



---

LOS VESTIDOS DEL EMPERADOR  
Y OTROS CUENTOS



HANS CHRISTIAN ANDERSEN

1805-1875

“Andersen fue un autor de una fertilidad escandalosa en todos los géneros: novela, libros de viajes, poesía, teatro, pero su importancia radica enteramente en sus cuentos de hadas, que son únicos y que él convirtió en una creación propia, fusionando lo sobrenatural con lo cotidiano en formas que no dejan de asombrarme, incluso más que los cuentos de Hoffmann, Gogol y Kleist, sin contar al sublimemente terrible, pero ineludible, Edgar Allan Poe.” Así describe el crítico norteamericano Harold Bloom al escritor nacido el 2 de abril de 1805 en Odense, Dinamarca, en el seno de una familia pobrísima.

A los 14 empezó a trabajar en Copenhagen –su carrera de cantante acabó abruptamente con el cambio de voz– y después de muchas penurias –“El patético ajetreo de Andersen en la vida real se reproduce en su escritura” escribió Kierkegaard alguna vez–, y gracias a la ayuda de su amigo y protector el director de teatro Jonas Collin, publica en 1835 Cuentos contados a los niños, el primero de sus muchos éxitos literarios.

Su obra, en particular sus cuentos infantiles, han sobrevivido gracias a su originalidad, a la lucha –no siempre recompensada– de sus personajes por sobrevivir a la injusticia y a la mentira.



## El ruiseñor chino

EN CHINA, como sabrás, es chino el emperador, y todos los que lo rodean también son chinos. Esto ocurrió hace ya muchos años, pero precisamente por ello es mejor que lo oigas ahora, por si luego se me olvida. El palacio del emperador era el más suntuoso del mundo: todo él estaba construido de porcelana fina; era muy costoso, pero tan frágil, tan quebradizo, que había que andar por él con mucho cuidado. El jardín estaba lleno de bellísimas flores, y de las más hermosas colgaban campanillas de plata que, con su tintineo, atraían la atención de todo el que por allí pasaba. Sí, el jardín del emperador estaba tan ingeniosamente dispuesto y era tan grande que ni el mismo jardinero sabía dónde terminaba, pero andando y andando por él se llegaba a un delicioso bosque con altos árboles y profundos lagos. El bosque se extendía hasta la misma orilla de un mar azul y muy hondo, muy hondo, de modo que hasta los barcos más grandes podían pasar bajo las ramas de

aquellos árboles; en ellas vivía un ruiseñor que cantaba de forma tan divina, que hasta el pobre pescador, que tan atareado estaba, paraba su trabajo y se ponía a escuchar cuando, por la noche, salía a recoger sus redes y lo sorprendía el canto del ruiseñor.

–¡Dios mío! –exclamaba–. ¡Qué canto tan bello! –y volvía a su trabajo, olvidándose del pájaro; pero si a la noche siguiente volvía allí mientras cantaba el ruiseñor, no podía menos que exclamar nuevamente:

–¡Dios mío! ¡Qué canto tan bello!

De todos los países del mundo acudían gentes a la capital donde vivía el emperador para admirar la ciudad, el palacio y el jardín, pero cuando oían cantar al ruiseñor todos decían:

–¡Esto es lo mejor!

Al volver a sus países, los viajeros relataban lo que habían visto y los más eruditos escribían libros describiendo la ciudad, el palacio y el jardín, sin olvidarse del ruiseñor, al que consideraban como lo más maravilloso de todo. Y aquellos que sabían hacer poesías, escribían bellísimos versos alabando al ruiseñor que vivía en el bosque de los profundos lagos.

Estos libros llegaban a todos los lugares de la tierra y algunos cayeron también en manos del Emperador.

Este, sentado en su trono de oro, leía y leía, y a cada momento asentía sonriendo, pues le alegraba oír las bellas descripciones que se habían hecho sobre su ciudad, su palacio y su jardín. De pronto tropezó con estas palabras: “Pero el ruiseñor es lo mejor de todo.”

–¡Cómo! –exclamó el Emperador–. ¿El ruiseñor? ¡Pero si yo no lo conozco! ¿Hay un pájaro tal en mi imperio? ¡Y en mi propio jardín! ¡Nunca lo he oído! Y que me tenga que enterar de esto por libros...

Y llamó al Caballero de su Corte, que era tan noble, que cuando alguien que fuese menos que él se atrevía a dirigirle la palabra o a preguntarle algo, no contestaba otra cosa que “¡Pff!”, lo cual no quiere decir nada.

–Al parecer hay aquí un pájaro muy curioso que se llama ruiseñor –dijo el Emperador– y que, según dicen, es lo mejor que hay en mi imperio. ¿Por qué nunca se me ha dicho nada de él?

–No lo había oído nombrar hasta ahora –contestó el Caballero–. ¡No ha sido presentado jamás a la Corte!

–¡Es mi deseo que venga aquí esta noche a cantar para mí! –dijo el Emperador–. En todo el mundo saben lo que tengo, ¡y yo no lo sé!

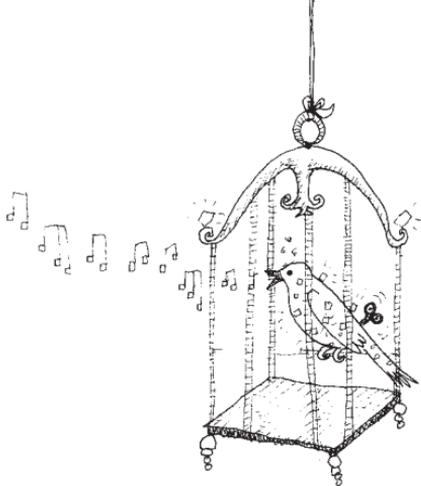
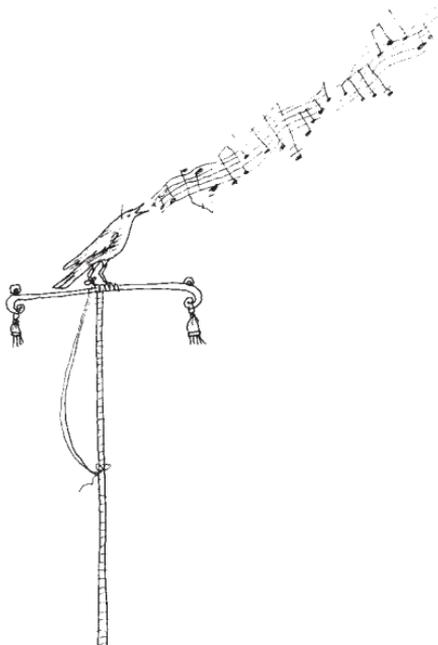
–Nunca lo había oído nombrar –repitió el Caballero–, pero voy en su busca y lo encontraré.

Mas, ¿dónde encontrarlo? El Caballero subió y bajó corriendo por todas las escaleras del palacio, atravesó, al mismo paso, salas y corredores, pero ninguna de las personas con quienes tropezó había oído hablar del ruiseñor, y el Caballero corrió otra vez hasta donde el Emperador estaba y le dijo que seguramente era una fábula de esas que se escriben en los libros.

–¡Su Majestad Imperial no debe creer todo lo que se escribe! ¡Son invenciones y supercherías!

–Pero el libro donde lo leí –dijo el Emperador– me fue enviado por el poderosísimo Emperador del Japón y no puede ser falso lo que en él se dice. ¡Quiero oír al ruiseñor! ¡Quiero que venga aquí esta noche! ¡Ese pájaro tiene todo mi favor! ¡Y si no viene, haré que todos mis cortesanos sean azotados en la barriga después de cenar!

–¡Tsi-pe! –dijo el Caballero, y volvió a subir y bajar corriendo por todas las escaleras y a pasar por todas las salas y corredores del palacio, pero esta vez iba seguido de la mitad de la Corte, pues a los cortesanos no les hacía mucha gracia que les azotasen en la barriga. Todos iban preguntando por el extraño



pájaro que era conocido en todo el mundo excepto en la Corte.

Por fin encontraron a una pobre niña en la cocina, que exclamó:

–¡Ah! ¡El ruiseñor! ¡Pero si lo conozco muy bien!  
¡Y qué bien canta! Cada noche me permiten que lleve

algo de las sobras de la mesa a mi pobre madre, que está enferma y que vive cerca de la playa y cuando vuelvo de allí, cansada, y me siento a reposar en el bosque, oigo cantar al ruiseñor y los ojos se me llenan de lágrimas; es como si recibiera un beso de mi madre.

–Mira, cocinerita –dijo el Caballero–, yo haré que tengas un puesto fijo en la cocina y permiso para ver comer al Emperador si nos llevas hasta donde para el ruiseñor, pues está invitado aquí esta noche.

Partieron hacia el bosque donde el ruiseñor solía cantar, y la mitad de la Corte iba en la comitiva. Mientras andaban, oyeron de pronto el mugido de una vaca.

–¡Oh! –dijo un gentilhombre de cámara–, ahí está. ¡Qué voz tan potente tiene un ser tan pequeño! ¡Estoy seguro de haberlo oído antes!

–¡No! ¡Eso son las vacas que mugen! –dijo la cocinerita–. Aún estamos lejos del lugar donde habita el ruiseñor.

Las ranas comenzaron a croar a la orilla de un estanque.

–¡Delicioso! –dijo el sacerdote chino del palacio–. Ahora sí que lo oigo, es igual que oír las campanillas de los templos.

–Eso son las ranas –dijo la cocinerita–; pero ahora me parece que ya no tardaremos en oírlo.

Y de pronto el ruiseñor comenzó a cantar.

–¡Ahí está! –dijo la muchacha–. ¡Óiganlo! ¡Allí está! –y la niña señalaba a un pajarito de color gris que estaba posado en una de las ramas.

–¿Será posible? –dijo el Caballero–. ¡Nunca me lo hubiera imaginado así! ¡Tiene un aspecto muy ordinario! ¡Seguramente perdió los colores al ver que venían a visitarlo tantas personas de calidad!

–¡Ruiseñor! –gritó muy alto la cocinerita–. ¡Nuestro magnánimo Emperador desea que cantes para él!

–¡Con gran placer! –contestó el ruiseñor, y empezó a cantar con todas sus fuerzas.

–Es como oír campanitas de cristal –dijo el Caballero–, y ¡cómo mueve la garganta! Es curioso que no lo hayamos oído antes. Estoy seguro de que tendrá gran éxito en la Corte.

–¿Tengo que volver a cantar para el Emperador? –preguntó el ruiseñor, que creía que el Emperador estaba allí.

–¡Mi muy distinguido ruiseñor! –dijo el Caballero–, es para mí un gran placer y un gran honor invitarlo a una fiesta que se da esta noche en la Corte,

durante la cual tendrá ocasión de encantar a Su Majestad Imperial con su maravillosísima voz.

–¡Mis trinos suenan mejor aquí, en el bosque!  
–contestó el ruiseñor, pero siguió a los cortesanos cuando supo que así lo deseaba el Emperador.

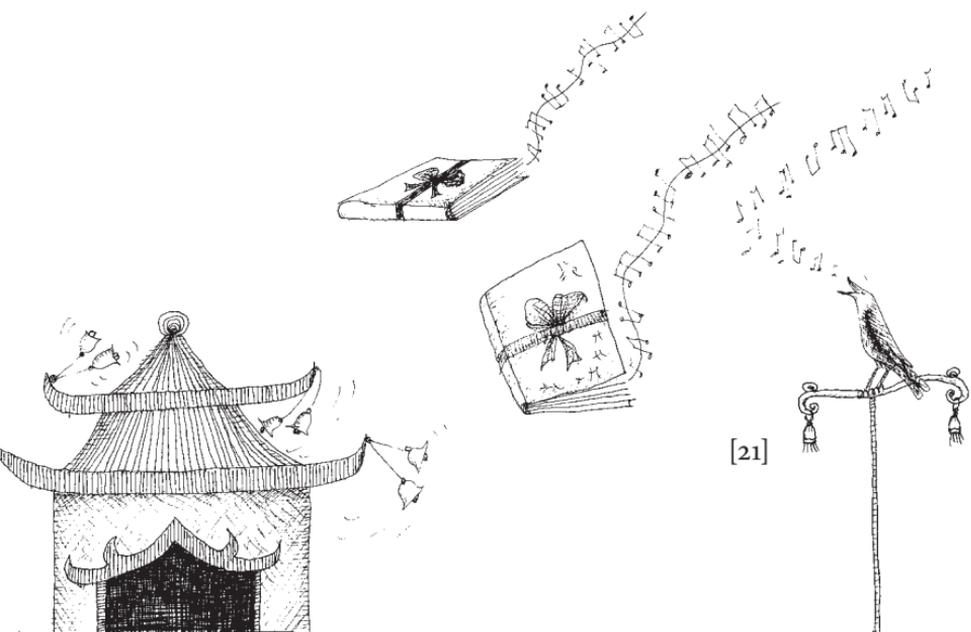
En palacio se había hecho limpieza general, y las paredes y los suelos de porcelana resplandecían a la luz de millares de lámparas de oro. Las flores más bellas, las de las campanitas, adornaban los corredores, y el trajinar de los criados, abriendo y cerrando puertas, provocaba corrientes de aire que movían todas las campanillas a un tiempo, con tal estruendo que uno no podía oír ni su propia voz.

En el centro del salón donde el Emperador tenía su trono, se había puesto un palito de oro para que se posara en él el ruiseñor; toda la Corte estaba presente y la cocinerita, que ya había recibido el título de Verdadera Cocinera, había sido autorizada para escuchar detrás de la puerta. Todos lucían sus mejores galas y tenían la vista fija en el pajarito gris, al que sonreía el Emperador.

Y el ruiseñor cantó. Y fue su canto tan delicioso que al Emperador se le llenaron los ojos de lágrimas. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y, al verlo, el

ruiseñor cantó más bellos trinos, tan bellos, que llegaban al corazón. Y el Emperador quedó tan complacido que concedió al pájaro el honor de llevar colgada al cuello su chinela de oro. Pero el ruiseñor la rechazó agradeciendo la merced, pues ya se consideraba bastante recompensado.

–He visto lágrimas en los ojos de su Majestad y ese es el mayor tesoro que pueda dárseme. Las lágrimas de un emperador tienen un poder muy singular. ¡Bien sabe Dios que estoy recompensado! –y volvió a cantar con su bella y dulce voz.



–¡Es un amor! ¡Lo más adorable que he oído en mi vida! –decían las damas de la Corte y tomaban un buche de agua para hacer gorgoritos cuando alguien hablaba con ellas, porque creían que también eran ruiseñores; e incluso los lacayos y las doncellas manifestaron que estaban contentos, lo que ya es mucho, pues son las gentes más difíciles de contentar. En efecto, el ruiseñor había tenido un gran éxito.

Ahora debía quedarse en la Corte, tener su jaula particular y libertad de pasear fuera de ella dos veces al día y una vez por la noche. Le fueron asignados doce criados, cada uno de los cuales sostenía un hilo de seda atado a las patitas del ruiseñor. Y pasear así no era divertido.

Toda la ciudad hablaba del curioso pájaro y si dos personas se encontraban por la calle, la una no decía otra cosa que:

–¡Rui...!

Y la otra contestaba:

–¡...señor! –y suspiraban, comprendiéndose. Incluso once hijos de tendero recibieron el nombre del pájaro, aunque ni uno solo de ellos podía cantar.

Un día, el Emperador recibió un gran paquete en el que estaba escrito: “Rui-señor.”

–Aquí tenemos un nuevo libro sobre nuestro famoso pajarito –dijo el Emperador; pero no era ningún libro lo que había dentro de la caja, sino una figurilla mecánica, un ruiseñor artificial que quería parecerse al verdadero, pero que estaba completamente cuajado de diamantes, rubíes y zafiros. Cuando se le daba cuerda podía cantar uno de los trinos que el verdadero ruiseñor cantaba, al tiempo que movía la resplandeciente cola de oro y plata; llevaba en el cuello un letrero que decía: “El ruiseñor del Emperador del Japón es pobre en comparación con el del Emperador de la China.”

–¡Es precioso! –dijeron todos, y el servidor que había traído el pájaro artificial recibió en seguida el título de Primer Porta–Ruisseños Imperial.

–Ahora tienen que cantar juntos, ¡qué dúo van a hacer!

Y tuvieron que cantar juntos. Pero la cosa no resultó, pues el ruiseñor de verdad cantaba siguiendo su inspiración, mientras que el pájaro artificial lo hacía gracias a sus engranajes.

–No es culpa suya –dijo el director de orquesta–; y la verdad es que sigue muy bien el compás; parece de mi escuela.

Entonces el pájaro artificial cantó solo y tuvo

tanto éxito como lo había tenido el verdadero, aparte de que era un placer contemplarlo, puesto que brillaba como un brazaletes o un broche.

Treinta y tres veces seguidas cantó el mismo trino, y a pesar de ello no estaba cansado; lo hubiesen oído una vez más, pero el Emperador consideró que también tenían que oír la voz del ruiseñor vivo... Pero, ¿dónde estaba? Nadie notó que se había escapado por la ventana abierta hacia su verde bosque.

–¿Qué es esto? –exclamó el Emperador, y todos los cortesanos protestaron y consideraron que el ruiseñor era muy poco agradecido.

–¡Nos queda el mejor de los dos pájaros! –dijeron, y entonces el pájaro artificial volvió a cantar y aunque era la trigésimacuarta vez que oían el mismo trino, no habían logrado aprendérselo, pues era muy difícil. Y el director de orquesta alabó mucho al pájaro e incluso aseguró que era muy superior al ruiseñor de verdad, no solamente por su plumaje y los muchos diamantes, sino también por lo que tenía dentro.

–Como ven ustedes, Alta Majestad Imperial, señoras y señores, con el ruiseñor de verdad no se sabe nunca lo que va a cantar, pero con el pájaro artificial todo está previsto. ¡Así debe ser y no de otra manera!

Si lo abrimos tenemos una demostración del ingenio humano; se puede ver el mecanismo, la disposición de las rueditas, cómo funcionan, cómo la una hace marchar a la otra...

—¡Eso es precisamente lo que yo iba a decir! —dijeron todos, y el director de orquesta obtuvo permiso para mostrar el pájaro al pueblo el siguiente domingo; pues también el pueblo debía oír, opinó el Emperador. Y el pueblo lo oyó con júbilo, y las gentes quedaron tan alegres como si hubiesen bebido mucho té, porque esa es la costumbre china. Y todos decían:

—¡Oh! —mientras apuntaban hacia arriba con el índice de cada mano y movían la cabeza afirmativamente. Pero el pobre pescador que había oído al ruiseñor de verdad decía:

—Tiene un canto muy bonito y se parece también al del otro pero... ¡le falta algo, un no sé qué!

El verdadero ruiseñor había sido desterrado del país, mientras que el pájaro artificial estaba colgado en un almohadón de seda junto al lecho del Emperador, rodeado de todos los regalos recibidos, objetos de oro y piedras preciosas; ya había alcanzado el título de Primer Cantor Imperial de la Mesilla de Noche y, en el escalafón cortesano, el suyo era el primer puesto a

la izquierda, pues el Emperador consideraba ese lado como el más distinguido por ser el del corazón –los emperadores tienen el corazón a la izquierda.

El director de orquesta escribió 25 tomos sobre el pájaro artificial, y estos libros eran tan gruesos y estaban tan llenos de ciencia y de enrevesadas palabras chinas, que todo el mundo aseguraba haberlos leído y haberlos comprendido, pues de otra manera hubiesen sido considerados como bobos y habrían sido azotados en la barriga.

Así transcurrió todo un año; el Emperador, los cortesanos, y todos los demás chinos sabían ya de memoria hasta el más pequeño trino del ruiseñor artificial, y a causa de ello les gustaba más que antes, ya que podían cantarlo y así lo hacían; los pilluelos de la calle lanzaban sus trinos: “¡Piripiripiripi! ¡Clucluclu!” y hasta el Emperador cantaba. ¡Era una verdadera delicia!

Una noche en que el Emperador, acostado en su cama, escuchaba el trino del pajarito artificial, oyó de pronto un “¡Sup!” dentro del pájaro, y después algo saltó: “Ru–u–u–u–u–ur”; todas las ruedas giraron locamente y la música cesó.

El Emperador saltó del lecho e hizo venir a su

médico de cabecera. ¿Pero qué podía hacer el pobre? Hicieron llamar al relojero, el cual, después de mucho discutir y mucho mirar logró arreglar un poco el pájaro, pero advirtiéndolo que había que tratarlo con mucho cuidado y usarlo muy poco, pues los dientes de los engranajes estaban muy gastados y era imposible poner unos nuevos. ¡Fue una gran desgracia! Se dispuso que el pájaro cantara sólo una vez al año y con cuidado; pero el director de orquesta hizo un pequeño discurso, usando todas sus enrevesadas palabras, y afirmó que, en verdad, era lo mismo que antes, y en eso quedó.

Pasaron cinco años y un gran pesar embargó al país: el Emperador, a quien todo el mundo quería, estaba enfermo y, según decían, no viviría mucho; ya se había elegido un nuevo Emperador, y el pueblo esperaba ante el palacio y preguntaba al Caballero cómo seguía su Emperador.

—¡Pff! —contestaba aquel y movía la cabeza negativamente.

El Emperador yacía, frío y sin color en las mejillas, en su lecho grande y suntuoso. Los cortesanos creyeron que estaba muerto y se apresuraron a saludar al nuevo Emperador; los ayudas de cámara salieron para charlar sobre el caso y las doncellas se reunieron

a tomar chocolate. En todas las salas y corredores se habían puesto tapices y alfombras para que nadie hiciese ruido al pasar y por ello había un silencio muy grande. Pero el Emperador no estaba muerto todavía, aunque yaciese rígido y pálido en su magnífica cama, con largas cortinas de terciopelo y pesados flecos de oro.

Cerca del techo una de las ventanas estaba abierta y la luz de la luna bañaba al Emperador y al pájaro artificial. El pobre Emperador casi no podía respirar, como si tuviese un peso encima. Abrió lo ojos y vio que era la Muerte que estaba sentada en su pecho y se había puesto en la cabeza la corona imperial, mientras sostenía en una mano el sable dorado del Emperador y en la otra su estandarte; entre los pliegues de las cortinas del lecho se asomaban unas cabezas extrañas, unas muy repugnantes y otras sumamente agradables; eran las malas y las buenas acciones que el Emperador había hecho en su vida, que ahora lo miraban mientras tenía la Muerte sobre el corazón.

–¿Recuerdas? –murmuraban, una tras otra–. ¿Recuerdas? –y empezaron a contarle tantas cosas que al final el Emperador tenía la frente bañada en sudor.

–¡Nunca lo supe! –dijo el Emperador–. ¡Música!

¡Quiero música! ¡Que toquen el gran bombo chino –gritó– para que yo no pueda oír lo que dicen!

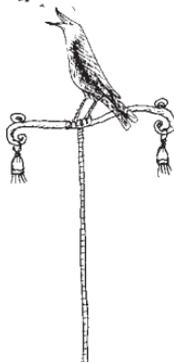
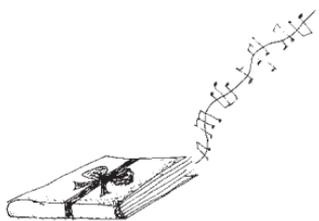
Y las cabezas continuaron hablando mientras la Muerte asentía, como lo hace un chino, a todo lo que decían.

–¡Música! ¡Quiero música! –chillaba el Emperador–. ¡Tú, pajarito de mi alma! ¡Canta! ¡Deja oír tus trinos! Te he dado oro y piedras preciosas, con mi propia mano colgué de tu cuello mi chinela de oro. ¡Canta! ¡Canta ahora!

Pero el pájaro callaba pues no había nadie que le diese cuerda, y sin ella no podía cantar. La Muerte seguía mirando al Emperador con sus grandes ojos vacíos y había un gran silencio, un silencio terrible.

De pronto, junto a la ventana sonó el más delicioso de los cantos; era el rruiseñor verdadero, que estaba posado en una rama del jardín; el pajarito había oído hablar del estado en que se encontraba su Emperador y venía a cantar para consolarlo y darle esperanzas. Mientras cantaba, las sombras iban desvaneciéndose poco a poco, la sangre comenzó a circular más y más deprisa por el débil cuerpo del Emperador y hasta la misma Muerte escuchaba y decía:

–¡Sigue, sigue, rruiseñor! ¡Sigue cantando!



–Dame ese sable dorado y seguiré; dame el estandarte y seguiré; dame la corona imperial.

La Muerte fue dándole cada una de las joyas por un trino y el ruiseñor siguió cantando. Cantó el silencio del cementerio, donde crecen las rosas blancas, donde el sauco perfuma el ambiente, donde la hierba es regada con las lágrimas de los vivos, y la Muerte sintió nostalgia de su propio jardín y desapareció por la ventana como un jirón de niebla blanca y fría.

–Gracias, gracias –dijo el Emperador–. Te reconozco, ¡pajarito celestial! Te desterré de mi país y de mi reino y ahora, con tus trinos, has hecho desaparecer las malignas sombras que me rodeaban, has hecho que la Muerte se aparte de mi corazón. ¿Cómo podré pagarte?

–¡Ya me has pagado con creces! –exclamó el ruiseñor–. La primera vez que canté para ti, se te llenaron los ojos de lágrimas y por eso no te puedo olvidar; esas lágrimas son como joyas que llenan de júbilo el corazón de un cantor. Y ahora duerme para reponerte y recobrar fuerzas; mientras, seguiré cantando para ti.

El pájaro cantó; el Emperador se durmió dulcemente, con un sueño apacible y reparador.

Los rayos del sol entraban por las ventanas cuando se despertó, sano y reconfortado; ninguno de sus servidores había vuelto porque creían que estaba muerto, pero el ruiseñor seguía cantando.

–¡Ahora te quedarás a mi lado para siempre! –dijo el Emperador–. Cantarás tan sólo cuando te plazca y voy a romper el pájaro artificial en mil pedazos.

–¡No lo hagas! –dijo el ruiseñor–. Ha hecho todo el bien que podía; consévalo siempre junto a ti. A mí no me es posible vivir en un palacio, pero permíteme que venga cuando me parezca, y por las noches me posaré en la rama que hay junto a la ventana y cantaré para alegrar tus pensamientos; cantaré sobre los que son felices y también sobre los que sufren, cantaré sobre lo bueno y lo malo que te rodea y que te ocultan, pues un pájaro cantor vuela de una parte a otra, llega a la cabaña del pescador, se posa en el tejado de la casa del labriego, ve a todos los que viven lejos de ti y de tu Corte; amo tu corazón más que tu corona. ¡Volveré! ¡Volveré y cantaré para ti! Pero te pido me hagas una promesa.

–¡Todo lo que desees! –dijo el Emperador, que se había puesto las vestiduras imperiales y sostenía el pesado sable dorado a la altura del corazón.

–¡Sólo te pido una cosa! No digas a nadie que tienes un pajarito que te lo cuenta todo, y así todo irá mejor.

Y el ruiseñor se fue volando.

Los servidores entraron para ver a su Emperador muerto y... se pararon en seco; el Emperador los saludó:

–¡Buenos días caballeros!



## Pulgarcita

É R A S E U N A mujer que anhelaba tener un niño, pero no sabía dónde buscarlo. Al fin se decidió a acudir a una vieja bruja y le dijo:

–Me gustaría mucho tener un niño; dime qué tengo que hacer.

–Será muy fácil –respondió la bruja–. Ahí tienes un grano de cebada; no es de la que crece en el campo del labriego ni de la que comen los pollos. Planta el grano en una maceta y verás maravillas.

–Muchas gracias –dijo la mujer; dio doce sueldos a la vieja y se volvió a casa; sembró el grano de cebada, y enseguida brotó una flor grande y espléndida parecida a un tulipán, sólo que tenía los pétalos muy cerrados, como si todavía fuera un capullo.

–¡Qué flor tan bonita! –exclamó la mujer, y besó aquellos pétalos rojos y amarillos; y en el mismo momento en que los tocaron sus labios, se abrió la flor con un chasquido. Era, en efecto, un tulipán, pero en el

centro del cáliz, sentada sobre los verdes estambres, había una niña pequeñísima, linda y gentil, no más larga que un dedo pulgar: por eso la llamaron Pulgarcita.

Le dio por cuna una cáscara de nuez, muy bien barnizada; azules hojuelas de violeta fueron su colchón, y un pétalo de rosa, el cubrecama. Allí dormía de noche, y de día jugaba sobre la mesa, en la cual la mujer había puesto un plato ceñido con una gran corona de flores, cuyos peciolos estaban sumergidos en agua; una hoja de tulipán flotaba a modo de barquilla, en la que Pulgarcita podía navegar de un borde al otro del plato, usando como remos dos blancas crines de caballo. Era una maravilla. Y sabía cantar, además, con voz tan dulce y delicada como jamás se haya oído.

Una noche, mientras la pequeña dormía en su camita, apareció un sapo que entró por un cristal roto de la ventana. Era feo, gordote y viscoso, y de un salto vino a parar a la mesa donde Pulgarcita dormía bajo su pétalo de rosa.

“¡He aquí una linda mujer para mi hijo!”, se dijo el sapo, y, cargando con la cáscara de nuez en que dormía la niña, saltó al jardín por el mismo cristal roto.

Cruzaba el jardín un arroyo, ancho y de orillas pantanosas, un verdadero cenagal, y allí vivía el sapo

con su hijo. ¡Uf! ¡Qué feo y asqueroso era aquel bicho! ¡Igual que su padre! “¡Croac, croac, brequerequequec!”, fue todo lo que supo decir cuando vio a la niñita en la cáscara de nuez.

–Habla más quedo, no vayas a despertarla –le advirtió el viejo sapo–. Aún se nos podría escapar, pues es ligera como un plumón de cisne. La pondremos sobre un pétalo de nenúfar en medio del arroyo; allí estará como en una isla, ligera y menudita como es, y no podrá huir mientras nosotros arreglamos la sala que ha de ser su habitación debajo del cenagal.

Crecían en medio del río muchos nenúfares de anchas hojas verdes que parecían nadar en la superficie del agua; el más grande de todos era también el más alejado, y fue este el que eligió el viejo sapo para instalar en él la cáscara de nuez con Pulgarcita.

Cuando se hizo de día la pequeña despertó y al ver dónde se encontraba se puso a llorar amargamente, pues el agua rodeaba la gran hoja verde por todas partes y no había manera de llegar a tierra firme.

Mientras tanto, el viejo sapo, allá en el fondo del pantano, arreglaba su habitación con juncos y flores amarillas; había que adornarla muy bien para la nuera. Cuando hubo terminado nadó con su feo hijo hacia la

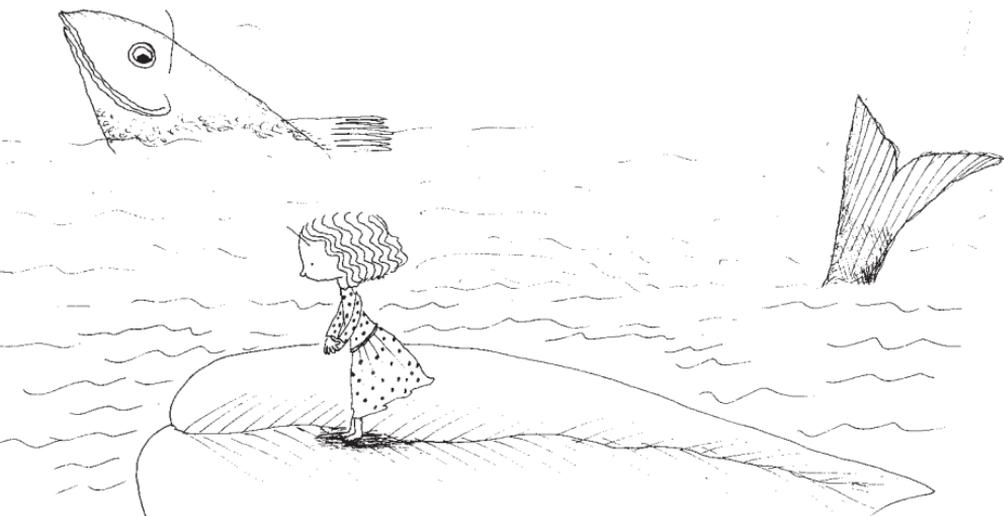
hoja en que se hallaba Pulgarcita. Querían trasladar su lindo lecho a la cámara nupcial antes de que la novia entrara en ella. El viejo sapo, inclinándose profundamente en el agua, dijo:

—Aquí te presento a mi hijo; será tu marido y vivirán muy felices en el cenagal.

—¡Croac, croac, brequerequequec! —fue todo lo que supo añadir el hijo. Cogieron la graciosa camita y echaron a nadar con ella; Pulgarcita se quedó sola en la hoja, llorando, porque no quería vivir con aquel repugnante sapo ni aceptar por marido a su hijo, tan feo.

Los pececillos que nadaban por allí habían visto al sapo y oído sus palabras, y asomaban las cabezas, llenos de curiosidad por conocer a la pequeña. Al verla tan hermosa, les dio lástima y les dolió que tuviese que vivir entre el lodo en compañía del horrible sapo. ¡Había que impedirlo a toda costa! Se reunieron todos en el agua, alrededor del verde tallo que sostenía la hoja, lo cortaron con los dientes y la hoja salió flotando río abajo, llevándose a Pulgarcita fuera del alcance del sapo.

En su barquilla, Pulgarcita pasó por delante de muchas ciudades, y los pajaritos, al verla desde sus



zarzas, cantaban: “¡Qué niña más preciosa!” La hoja siguió su rumbo sin detenerse y Pulgarcita dejó atrás las fronteras del país.

Una bonita mariposa blanca, que andaba revoloteando por aquellos contornos, vino a pararse sobre la hoja, pues le había gustado Pulgarcita. Ésta se sentía ahora muy contenta, libre ya del sapo; además, ¡era tan bello el paisaje! El sol enviaba sus rayos al río, cuyas

aguas refulgían como oro purísimo. La niña se desató el cinturón, ató un extremo a la mariposa y el otro a la hoja y la barquilla empezó a avanzar mucho más de prisa.

Más he aquí que pasó volando un gran abejorro, y, al verla, rodeó con las garras su delgado cuerpecito y fue a depositarlo en un árbol, mientras la hoja de nenúfar seguía flotando a merced de la corriente, remolcada por la mariposa, que no podía soltarse.

¡Qué susto el de la pobre Pulgarcita cuando el abejorro se la llevó volando hacia el árbol! Sintió pena por la mariposa blanca atada al pétalo, pues si no lograba soltarse moriría de hambre. Al abejorro, en cambio, aquello lo tenía sin cuidado. Se posó con su carga en la hoja más grande y verde del árbol, regaló a la niña con el dulce néctar de las flores y le dijo que era muy bonita, aunque no se parecía en nada a un abejorro. Más tarde llegaron los demás compañeros que habitaban en el árbol; todos querían verla. Y la estuvieron contemplando, y las damitas abejorras exclamaron, arrugando las antenas:

–Sólo tiene dos piernas; ¡qué miseria!

–¡No tiene antenas! –observó otra.

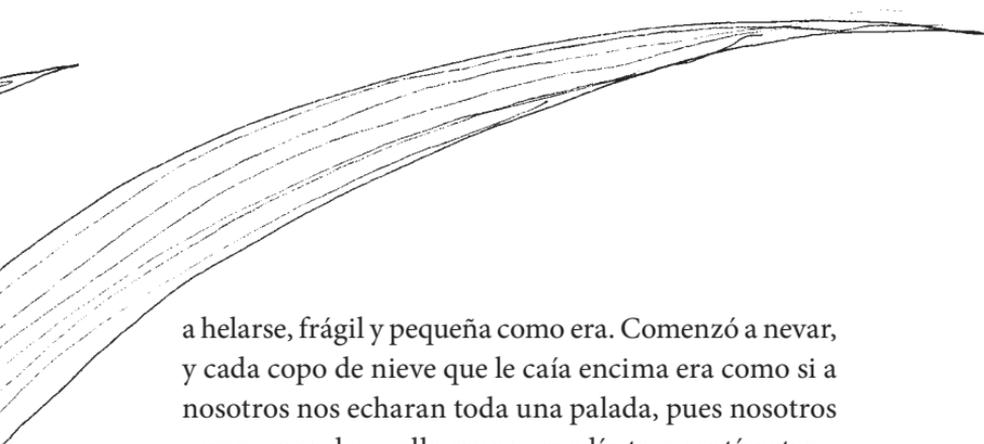
–¡Qué cuerpo más delgado, parece un hombre!

¡Uf, que fea! –decían todas las abejorras.

Y, sin embargo, Pulgarcita era lindísima. Así lo pensaba también el abejorro que la había raptado; pero viendo que todos los demás decían que era fea, acabó por creérselo y ya no la quiso. Podía marcharse adonde quisiera. La bajó, pues, al pie del árbol, y la depositó sobre una margarita. La pobre se quedó llorando, pues era tan fea que ni los abejorros querían saber nada de ella. Y la verdad es que no se ha visto nada más bonito, exquisito y límpido; era como el más bello pétalo de una rosa.

Todo el verano lo pasó la pobre Pulgarcita completamente sola en el inmenso bosque. Se trenzó una cama con tallos de hierbas, que suspendió de una hoja de acedera para resguardarse de la lluvia. Para comer recogía néctar de las flores y bebía del rocío que todas las mañanas se depositaba en las hojas. Así transcurrieron el verano y el otoño; pero luego vino el invierno, el frío y largo invierno. Los pájaros, que tan armoniosamente habían cantado, se marcharon; los árboles y las flores se secaron; la hoja de acedera que le había servido de cobijo se arrugó y contrajo, y sólo quedó un tallo amarillo y marchito. Pulgarcita pasaba un frío horrible porque tenía todos los vestidos rotos; estaba condenada





a helarse, frágil y pequeña como era. Comenzó a nevar, y cada copo de nieve que le caía encima era como si a nosotros nos echaran toda una palada, pues nosotros somos grandes y ella apenas medía tres centímetros. Se envolvió en una hoja seca, pero no conseguía entrar en calor; tiritaba de frío.

Junto al bosque se extendía un gran campo de trigo; lo habían segado hacía tiempo y sólo asomaban de la tierra helada los rastrojos desnudos y secos. Para la pequeña era como un nuevo bosque, por el que se adentró, y ¡cómo tiritaba! Llegó frente a la puerta del ratón de campo, que tenía un agujerito debajo de los rastrojos. Allí vivía el ratón bien calentito y confortable, con una habitación llena de grano, una magnífica cocina y un comedor. La pobre Pulgarcita llamó a la puerta como una pordiosera y pidió un trocito de grano de cebada, pues llevaba dos días sin probar bocado.

–¡Pobre pequeña! –exclamó el ratón, que era viejo y bueno en el fondo–. Entra en mi casa, que está bien caldeada y comerás conmigo –y como Pulgarcita le pareció simpática, le dijo–: Si te ocupas de la limpieza de la casa y me cuentas cuentos, que me encantan, puedes quedarte y pasar aquí el invierno.

Pulgarcita hizo lo que el viejo ratón le pedía y lo pasó la mar de bien.

–Hoy tendremos visita –dijo un día el ratón–. Mi vecino suele venir todas las semanas a verme. Es aún más rico que yo; tiene grandes salones y lleva una hermosa casaca de terciopelo negro. Si lo quisieras por marido nada te faltaría. Sólo que es ciego; tendrás que contarle las historias más bonitas que sepas.

El vecino, que era un topo, vino de visita con su casaca negra de terciopelo. Era rico e instruido, le había dicho el ratón de campo; tenía una casa veinte veces mayor que la suya. Poseía mucha ciencia pero no soportaba el sol ni las flores, de las que hablaba con desprecio porque no las había visto nunca.

Pulgarcita cantó El abejorro echó a volar y El fraile descalzo va a través del campo. El topo se enamoró de la niña por su hermosa voz, pero nada dijo, pues era circunspecto.

Poco antes había excavado una larga galería subterránea desde su casa a la del vecino e invitó al ratón y a Pulgarcita a pasear por ella siempre que quisieran. Les advirtió, eso sí, que en el corredor había un pájaro muerto y que no debían asustarse; era un pájaro entero, con plumas y pico, que seguramente había fallecido poco antes y estaba enterrado justamente en el lugar donde había abierto su galería.

El topo cogió con la boca un pedazo de madera podrida –que en la oscuridad reluce como fuego– y, tomando la delantera, alumbró el largo y oscuro pasillo. Al llegar al sitio donde yacía el pájaro muerto, el topo apretó el ancho hocico contra el techo y, empujando la tierra, abrió un orificio para que entrara la luz. Y ahí estaba la golondrina, sus hermosas alas comprimidas contra el cuerpo, las patas y la cabeza encogidas bajo el ala. La infeliz avecilla había muerto de frío. A Pulgarcita se le encogió el corazón, pues quería mucho a los pájaros, que durante todo el verano habían estado cantando y gorjeando a su alrededor. Pero el topo, con su corta pata, le dio un empujón a la golondrina y dijo:

–Ésta ya no volverá a chillar. ¡Qué cosa más triste nacer pájaro! A Dios gracias, ninguno de mis hijos lo

será. ¿Qué tienen estos desgraciados, fuera de su cuivít, cuivít? ¡Vaya hambre la que pasan en invierno!

–Muy bien dicho –asintió el ratón–. ¿Para qué le sirve al pájaro su canto cuando llega el invierno? Para morir de hambre y de frío, esa es la verdad; pero algunos lo consideran gran cosa.

Pulgarcita no dijo esta boca es mía, pero cuando los otros dos volvieron la espalda, se inclinó sobre la golondrina y, apartando las plumas que le cubrían la cabeza, besó sus ojos cerrados.

“¡Quién sabe si es aquella que tan alegremente cantaba en verano!”, pensó. “¡Cuántos buenos ratos te debo, mi pobre pajarillo!”

El topo volvió a tapar el agujero por el que entraba la luz del día y acompañó a casa a sus vecinos. Aquella noche Pulgarcita no pudo pegar el ojo; así que saltó de la cama, trenzó con heno una manta grande y bonita y fue a extenderla sobre el ave muerta; luego la arropó bien con algodón blanco que encontró en el cuarto del ratón, para que no tuviera frío en la dura tierra.

–¡Adiós, mi pajarito! –dijo–. Adiós y gracias por las canciones con que me alegrabas en verano, cuando todos los árboles estaban verdes y el sol nos calentaba con sus rayos.

Puso la cabeza contra el pecho del pájaro y tuvo un estremecimiento: le pareció como si algo latiera en él; y, en efecto, era el corazón, pues la golondrina no estaba muerta sino entumecida. El calor la volvía a la vida.

En otoño, todas las golondrinas se marchan a otras tierras más cálidas; pero si alguna se retrasa, se enfría y cae como muerta. Allí se queda en el lugar donde ha caído, y la helada nieve la cubre.

Pulgarcita temblaba del susto, pues el pájaro era enorme en comparación con ella, que apenas medía tres centímetros. Pero cobró ánimos, puso más algodón alrededor de la golondrina, corrió a buscar una hoja de menta que le servía de cubrecama, y la extendió sobre la cabeza del ave.

A la noche siguiente volvió a verla y la encontró viva, pero extenuada; sólo tuvo fuerzas para abrir los ojos y mirar a Pulgarcita, que la contemplaba gracias a la luz de un trocito de madera podrida.

–¡Gracias, mi pequeña! –murmuró la golondrina enferma–. Ya he entrado en calor; pronto habré recobrado las fuerzas y podré salir de nuevo a volar bajo los rayos del sol.

–¡Ay! –respondió Pulgarcita–, hace mucho frío

allá fuera; nieve y hiela. Quédate en tu lecho calentito y yo te cuidaré –y le traje agua en una hoja para que bebiera.

Entonces la golondrina le contó que se había lastimado el ala en un espino y por eso no pudo seguir volando con la ligereza de sus compañeras, que habían emigrado a las tierras cálidas. Cayó al suelo, y ya no recordaba nada más; ni siquiera sabía cómo había ido a parar a ese hueco.

El pájaro se quedó todo el invierno en el subterráneo bajo los amorosos cuidados de Pulgarcita, sin que lo supieran el topo ni el ratón, pues ni uno ni otro podían sufrir a la golondrina.

No bien llegó la primavera y el sol comenzó a calentar la tierra, la golondrina se despidió de Pulgarcita. La niña abrió el agujero hecho por el topo en el techo de la galería y entró un hermoso rayo de sol. La golondrina preguntó a la niñita si quería marcharse con ella; podría montarse sobre su espalda, y las dos se irían lejos, al verde bosque. Pero Pulgarcita sabía que si abandonaba al ratón le causaría mucha pena.

–No, no puedo –dijo.

–¡Entonces adiós, adiós, mi linda pequeña! –exclamó la golondrina, remontando el vuelo hacia la luz

del sol. Pulgarcita la miró partir y los ojos se le llenaron de lágrimas porque le había tomado mucho afecto.

—¡Cuivít, cuivít! —chilló la golondrina, emprendiendo el vuelo hacia el bosque. Pulgarcita se quedó triste. El trigo que habían sembrado en el campo de encima creció, convirtiéndose en un verdadero bosque para la pobre criatura.

—Aprovecha el verano para coserte tu ajuar de novia —le dijo un día el ratón. Era el caso que su vecino, el fastidioso topo de la negra pelliza, había pedido su mano—. Necesitas ropas de lana y de hilo; has de tener prendas de vestido y de cama, para cuando seas la mujer del topo.

Pulgarcita tuvo que hilar lino y lana, y el ratón contrató dos arañas para que tejieran día y noche. Todas las tardes el topo venía de visita y hablaba sin cesar de cuando pasara el verano y pudiera fijar la fecha de su boda con Pulgarcita; ahora había un calor que abrasaba la tierra y la ponía dura como una roca. Sí; se casarían cuando acabara el verano, pero eso a Pulgarcita no la hacía feliz, pues no le gustaba el topo.

Todas las mañanas al salir el sol y todas las tardes a la hora del crepúsculo se deslizaba afuera, y cuando el viento apartaba las hojas en el campo sembrado

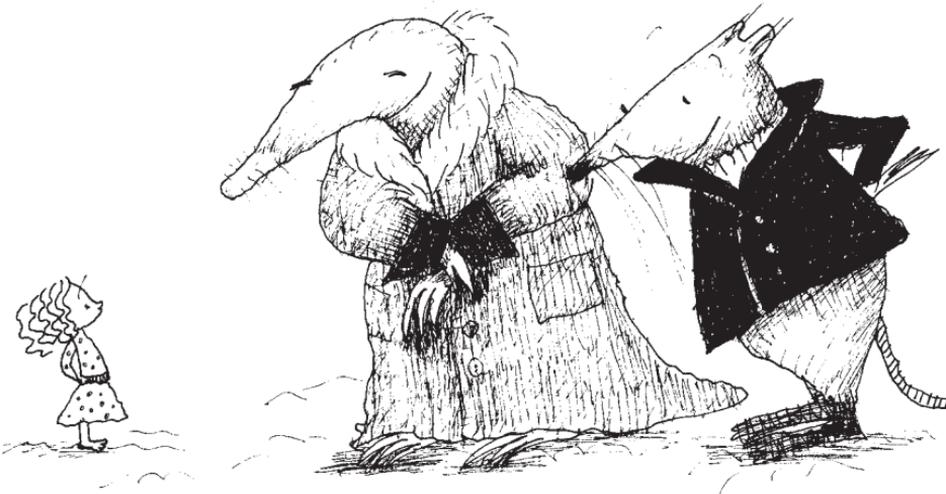
ella contemplaba el cielo azul y pensaba en cuánto le agradaría ver de nuevo a su querida golondrina. Pero ésta no volvió.

Cuando llegó el otoño, Pulgarcita tenía su ajuar listo. El topo le dijo:

–Dentro de cuatro semanas nos casaremos.

Pulgarcita lloró y dijo que nunca se casaría con ese topo desagradable.

–¡Tonterías! –exclamó el ratón–. Es un topo muy buen mozo. Ni la reina usa terciopelos y pieles más hermosas. Su cocina y sus graneros están llenos de comida. Deberías estar agradecida por tan buena suerte.



De modo que se fijó el día de la boda, cuando el topo se llevaría a Pulgarcita a vivir con él a las profundidades de la tierra, donde nunca más volvería a ver el cálido sol que, por lo demás, a él no le gustaba. La pobre niña se sentía muy desdichada ante la idea de decir adiós para siempre al sol, y como el ratón le había dado permiso para salir a la superficie, así lo hizo una vez más para despedirse del astro.

—¡Adiós, brillante sol! —exclamó, extendiendo hacia él los brazos. Y se adelantó algunos pasos alejándose de la casa. El cereal ya había sido cosechado, y sólo quedaba en los campos el rastrojo seco—. ¡Adiós, adiós! —repetía, abrazándose a una florecilla roja que estaba a su lado—. Despide por mí a la pequeña golondrina, si es que vuelves a verla.

—Cuivit, cuivit —sonó una voz a sus espaldas. Pulgarcita se volvió y levantó la cabeza: allí estaba la golondrina, volando cerca de ella. Estuvo encantada de volver a ver a Pulgarcita. Esta le contó lo infeliz que era de tener que casarse con ese topo tan feo, para vivir siempre bajo la tierra y no volver a ver nunca más el brillo del sol. Y al decirlo lloraba.

—El invierno está ya acercándose —respondió la golondrina— y yo tendré que volar a los países cálidos.

¿Por qué no vienes conmigo? Puedes sentarte sobre mi lomo y asegurarte allí con tu cinturón. Y volaremos lejos del topo y de sus lóbregas habitaciones; lejos, por encima de las montañas, a los países cálidos donde el sol brilla con más fuerza que aquí; donde siempre es verano y las flores son más hermosas. Vuela conmigo, Pulgarcita. Tú me salvaste la vida cuando yo estaba helada en aquel corredor horrible y oscuro.

—Sí, me iré contigo —repuso Pulgarcita. Y sin pensarlo dos veces, se sentó sobre el lomo del pájaro, con los pies sobre las alas extendidas, y se ató con su cinturón a una de las plumas más fuertes.

La golondrina se elevó por los aires y voló sobre la selva y sobre el mar, mucho más arriba que las más altas montañas cubiertas de nieves eternas. Pulgarcita habría muerto helada en el frío aire de las alturas, pero se protegió bajo las plumas del ave, dejando al descubierto sólo su cabecita para poder admirar las impresionantes comarcas sobre las cuales pasaban. Por fin llegaron a los países cálidos, donde el sol brilla con más fuerza y el cielo parece mucho más alto. Aquí y allí, en los cercos, a los lados del camino, crecían vides con racimos de uvas negras, blancas y verdes. De los árboles, en el bosque, pendían limones y naranjas, y el

ambiente llevaba fragancia de mirtos y azahares. Por los senderos del campo correteaban los niños, jugando con grandes y alegres mariposas. Y a medida que la golondrina volaba más y más, cada lugar parecía más amable aún.

Por último se detuvieron junto a un lago azul a cuya orilla, a la sombra de un bosquecillo de árboles de un verde muy intenso, se erguía un palacio de deslumbrante mármol blanco, reliquia de tiempos pasados. Alrededor de sus elevadas columnas se apiñaban las vides, y en las cornisas se veían muchos nidos de golondrinas, uno de los cuales era precisamente el hogar de la que había transportado a Pulgarcita.

–Esta es mi casa –dijo la golondrina–. Pero no es aquí donde te convendría vivir. No estarías cómoda. Será mejor que elijas una de aquellas flores, y yo te depositaré sobre ella. Allí tendrás todo lo que puedas desear para ser feliz.

–¡Será maravilloso! –exclamó ella, aplaudiendo de alegría.

Sobre el suelo había una gran columna de mármol que al caer se había partido en tres pedazos, entre los cuales crecían unas flores blancas de gran tamaño. La golondrina descendió con Pulgarcita, ¡y cuál no

sería su sorpresa al ver en el centro de la flor un tenue hombrecito, tan blanco y transparente como si estuviera hecho de cristal! Tenía sobre la cabeza una corona de oro, y en los hombros delicadísimas telas, y su tamaño no era mucho mayor que el de Pulgarcita. Era uno de los silfos, o espíritus de las flores; precisamente el rey de todos ellos.

–¡Qué hermoso es! –susurró Pulgarcita al oído de la golondrina.

El pequeño príncipe temió al principio la presencia del pájaro, que era como un gigante a su lado. Pero cuando vio a Pulgarcita quedó encantado, y se dijo que era la más hermosa doncella que hubiera visto nunca. Entonces se quitó de la cabeza la corona de oro y la colocó sobre la de la niña; le preguntó su nombre y también si quería ser su esposa y reinar con él sobre las flores.

Ciertamente, aquél era un esposo muy diferente del hijo del sapo, o del topo con su levita de piel y terciopelo. De modo que Pulgarcita se quedó con el apuesto príncipe.

Las flores entonces se abrieron y de cada una de ellas salió un minúsculo caballero o una damisela pequeña, tan bonitos todos que era una delicia mirarlos.



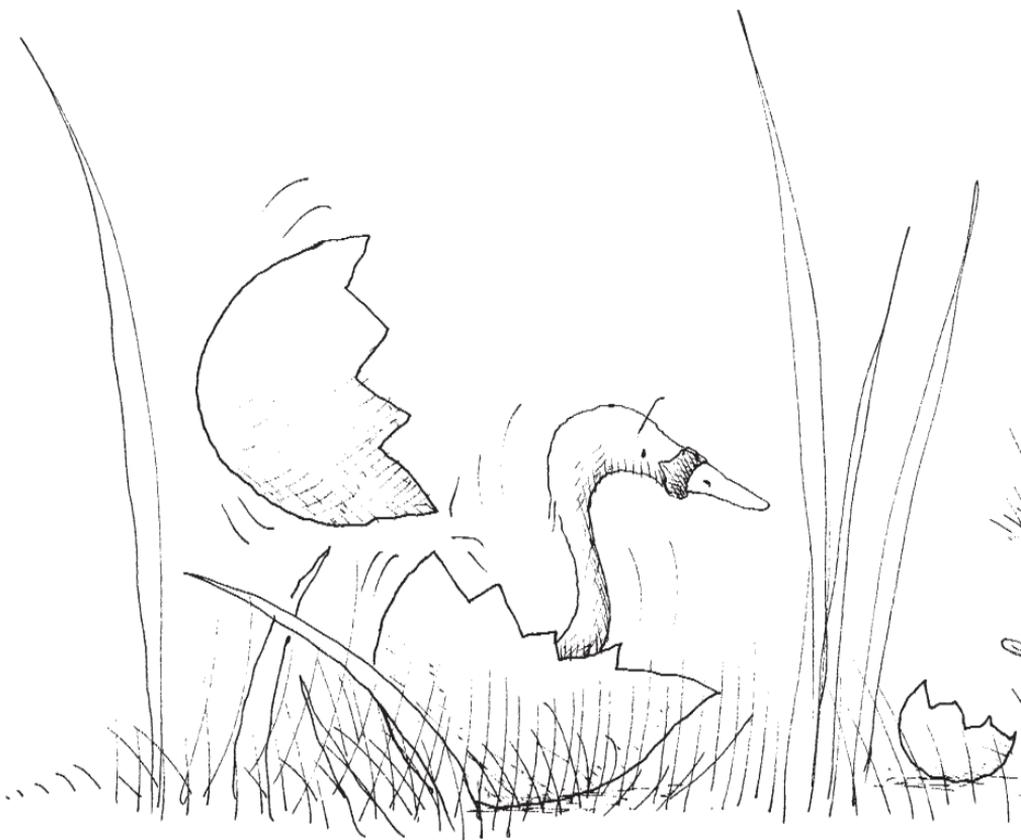
Hans Christian Andersen



Cada uno le ofreció a Pulgarcita un regalo, pero el mejor de todos fue un par de alas que habían pertenecido a la gran mosca blanca. Se las prendieron a Pulgarcita en los hombros de manera que también ella pudiera volar de flor en flor. Luego hubo una fiesta y le pidieron a la golondrina que cantara un himno de bodas, a lo cual accedió y lo hizo lo mejor que pudo. Pero su corazón estaba triste, pues quería mucho a Pulgarcita y hubiera deseado no separarse nunca de ella.

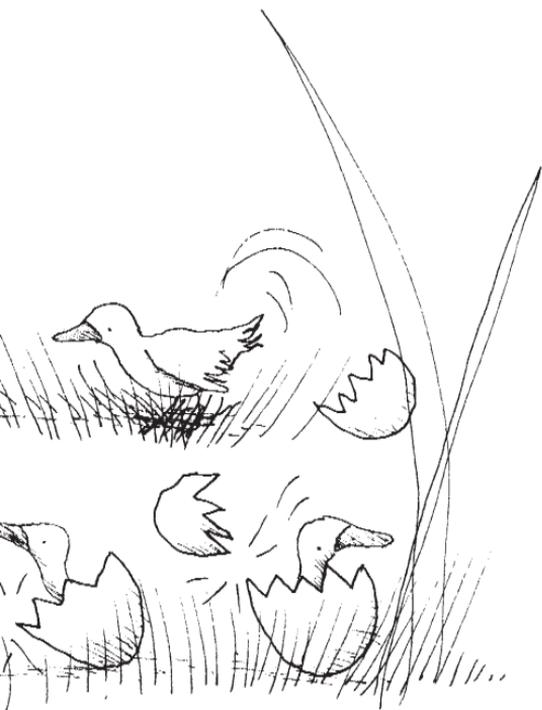
–Ya no te llamarás más Pulgarcita –dijo el silfo–. No me gusta ese nombre; tú eres demasiado linda para llamarte así. En adelante tu nombre será Maya.

–¡Adiós, adiós! –dijo la golondrina, con el corazón triste, y partió de los países cálidos para volver a Dinamarca. Allí tenía otro nido, en la ventana de una casa en la que habitaba el narrador de estas historias. La golondrina cantó: “Cuivit, cuivit”, y de esa canción surgió el presente relato.



## El patito feo

¡QUÉ HERMOSO estaba el campo! Corría el verano, el trigo estaba ya dorado y la avena aún verdeaba; el heno estaba apilado en los almiares y por los verdes prados discurría de un lado a otro la cigüeña de largas patas rojas, hablando en egipcio, que era la lengua que su madre le había enseñado.



En torno al campo y al prado había grandes bosques y, en ellos, profundos lagos. Sí, el campo estaba delicioso. En el lugar más soleado, había una vieja mansión rodeada de un profundo foso y, junto a los muros, al mismo borde del agua, crecía la romaza con sus grandes hojas, tan grandes que hasta un niño pequeño podía guarecerse bajo la mayor. Estar entre aquellas hojas era como encontrarse en la selva, y allí, precisamente, una pata empollaba sus huevos. Los patitos no habían roto el cascarón, y la pata estaba un poco aburrida de empollar, porque había transcurrido mucho tiempo y porque tenía muy pocas visitas, pues los demás patos preferían nadar en el foso en vez de ir a charlar con ella bajo la romaza.

Por fin, los huevos empezaron a romperse, y todas aquellas bolitas de algodón amarillo animadas de vida sacaron las cabecitas del cascarón, diciendo “¡Pío, pío!”.

–¡Cuac, cuac! –exclamó la madre. Los patitos la imitaron lo mejor que les fue posible y miraron en todas direcciones bajo las hojas verdes, cosa que su madre les permitió, porque el verde es bueno para los ojos.

–¡Qué grande es el mundo! –exclamaron los

pequeños, que ahora tenían mucho más espacio para moverse que cuando estaban dentro del huevo.

–¿Creen que esto es el mundo entero? –preguntó la madre–. Se extiende mucho más allá del jardín, hasta las tierras del cura, aunque yo nunca he llegado tan lejos. Supongo que ya están todos –añadió levantándose–. ¡No! Todavía no están todos. El huevo más grande sigue entero. Pero, ¿cuánto va a durar esto? –y, malhumorada, volvió a echarse sobre el huevo.

–¿Cómo está usted? –preguntó una pata vieja que había ido a visitar a la clueca.

–El último huevo tarda demasiado –contestó la pata–. La cáscara no se quiere romper. Pero mire a los demás. Son los patitos más lindos que he visto. Todos tienen la estampa del sinvergüenza de su padre que aún no ha venido a vernos.

–Permítame usted que vea el huevo que no quiere romperse –dijo la vieja pata–. Estoy segura de que es de pava. Una vez me engañaron a mí de este modo y no puede figurarse el trabajo y las preocupaciones que me dieron aquellos pavos, pues ya sabe usted que le tienen miedo al agua. No podía conseguir que se metieran en ella por más que graznara y los picoteara. Todo era inútil. ¡Déjeme ver otra vez el huevo! Sí, no hay duda.

Es de pava. Déjelo usted y dedíquese a enseñar a nadar a los demás.

–Para lo que falta –contestó la pata–, lo empollaré un poco más. Ya no me importa perder más tiempo.

–Haga lo que quiera –contestó la otra antes de despedirse.

Por fin se rompió el cascarón de aquel huevo. El animalito salió piando y al poner el pie en el suelo se tambaleó.

¡Qué grandote y qué feo era! La pata lo miró.

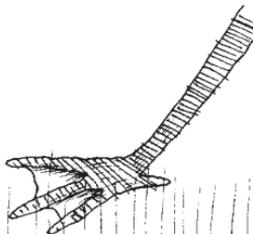
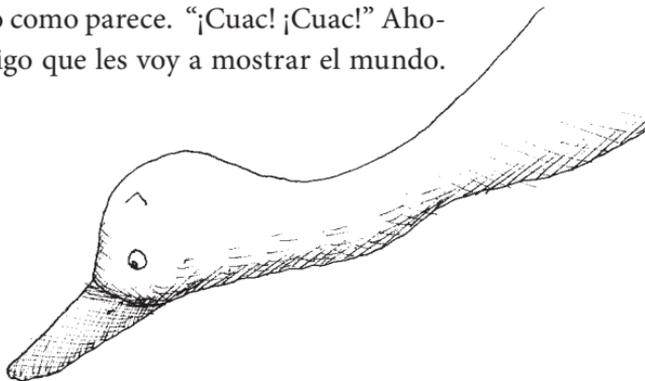
–¡Qué pato tan monstruoso y tan grande! –exclamó–. No se parece a ninguno de los otros. ¿Será una cría de pavo? Pronto lo sabré. ¡Este va al agua, aunque tenga que echarlo a patadas!

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido. El sol hacía brillar las verdes hojas de la romaza cuando la pata, seguida de su prole, se asomó al foso y, con un chapoteo, se arrojó al agua graznando; los paticos la siguieron uno tras otro. De momento se sumergieron todos, pero no tardaron en asomar las cabecitas y flotar. Instintivamente empezaron a agitar las patas.



Estaban todos, incluso aquel grandote, de color gris, que nadaba como los demás.

-No, no es un pavo -murmuró la pata-. ¡Qué bien mueve las patitas y cuán erguido lleva el cuello! No hay duda de que es hijo mío. Y si se lo mira bien, no resulta tan feo como parece. “¡Cuac! ¡Cuac!” Ahora vengan conmigo que les voy a mostrar el mundo.



También los presentaré en el corral de los patos. Pero no se separen de mí para que no los pisen. ¡Y sobre todo, mucho cuidado con el gato!

Se encaminaron al corral. Allí había un escándalo tremendo, porque dos polladas estaban disputándose la cabeza de una anguila que al final se llevó el gato.

–¡Así son las cosas en el mundo! –dijo la madre castañeteando el pico, porque también le habría gustado comerse la cabeza de anguila.

–¡A ver si mueven bien las patas! –añadió volviéndose a sus patitos–. ¡E inclinen los cuellos ante la anciana pata que se acerca! Es la más importante de todos. Por sus venas corre sangre española y eso explica su corpulencia. Además, fíjense que lleva un trapo rojo atado a una pata. Es algo muy distinguido y la mayor señal de consideración que puede recibir un pato. Demuestra claramente que es insustituible y que su nobleza ha de ser reconocida por los animales y los hombres. ¡Ahora apresúrense! No metan las patas hacia dentro. El pato bien educado las pone hacia fuera, como hacen papá y mamá. Muy bien. Ahora inclinen los cuellos y graznen.

Los pequeños así lo hicieron, pero los demás patos que los rodeaban los miraron diciendo en voz alta:

–¡Miren! ¡Otra pata con cría! ¡Como si no fuéramos bastantes! ¿Y adónde va ese pato horrible? No, no podemos consentir que viva en nuestro corral.

Un pato se arrojó contra él y le dio un picotazo en el cuello.

–¡Déjalo en paz! –gritó la madre–. ¡No te ha hecho nada!

–Ya lo sé; pero es muy grande y muy raro –contestó el agresor–. Hay que darle una paliza.

–Todos son muy lindos –exclamó la vieja pata del trapo rojo–, exceptuando ese. No has tenido suerte con él. Es una lástima que no puedas hacerlo de nuevo.

–Eso no es posible, excelencia –contestó la madre–. Desde luego no es bonito, pero me parece un buen hijo y nada tan bien como los demás. Y aun me atrevería a decir que lo hace mejor que los otros. Creo que cuando crezca será guapo y que disminuirá de tamaño. Ha estado demasiado tiempo en el huevo y es por eso que tiene tan mala figura –le acarició el cuello y le alisó el plumaje–. Además es macho, de manera que su fealdad no importa. Creo que llegará a ser muy vigoroso y no dudo de que se abrirá camino en el mundo.

–Los demás paticos son muy lindos –replicó la

vieja y distinguida pata-. Pero en fin, considérense en su casa y si encuentran una cabeza de anguila, pueden ofrecérmela.

Después de eso todos se consideraron ya en su casa. Pero el pobre patito que rompió el huevo en último lugar, y que era tan feo, fue mordido, empujado de un lado a otro, insultado y ridiculizado, tanto por los patos como por las gallinas.

-Es muy grandote -decían todos.

El pavo macho, que había nacido ya con espolones y que por ello se consideraba casi emperador, erizó sus plumas al verlo, echó a correr contra él y empezó a chillar hasta congestionarse. El pobre patito estaba aterrado y no sabía para dónde coger. Su desesperación era inmensa por ser el hazmerreír de todo el corral a causa de su fealdad.

Así transcurrió el primer día y, en adelante, la cosa empeoró. El pobre patito se vio perseguido y acosado por todos, incluso por sus hermanos y hermanas que lo maltrataban. Y le decían:

-¡Ojalá te coma el gato, mamarracho!

Y hasta su madre decía:

-¡Por qué no te irás al fin del mundo!

Los patos le daban mordiscos, las gallinas lo pi-

caban y la muchacha que daba de comer a las aves lo apartaba de un puntapié.

Entonces huyó saltando el seto, asustando a los pajarillos que estaban posados en los arbustos.

–Eso es porque soy muy feo –pensó el pobre patito cerrando los ojos y siguió corriendo. De este modo llegó a un pantano muy grande donde vivían los patos salvajes. Estaba tan cansado y desesperado, que se quedó allí durante toda la noche.

Por la mañana los patos salvajes acudieron volando a contemplar al recién llegado.

–¿Qué clase de bicho eres? –le preguntaron, aunque el patito daba vueltas y más vueltas, saludando lo mejor que sabía–. Eres espantosamente feo –añadieron los patos salvajes–. Pero eso no nos importa, siempre y cuando no pretendas ingresar en nuestra familia por medio de un matrimonio.

¡Pobre patito! ¡Bueno estaba él para pensar en casarse! Todo lo que deseaba era quedarse entre los juncos y beber un poco de agua del pantano.

Permaneció allí dos días enteros, al cabo de los cuales llegaron dos ocas salvajes, o, mejor dicho, dos ánsares, que acababan de salir del huevo y eran muy presumidos.

–Oye, compañero –le dijeron–, eres tan feo que nos hemos encaprichado contigo. ¿Quieres unirte a nuestra expedición? Hay por aquí cerca otro pantano en el que viven unas ocas encantadoras. Todas son lindas señoritas que saben graznar. Eres tan feo que podrías tener éxito con ellas.

Pero en aquel momento –“¡pum, pum!”– resonaron dos disparos y los dos ánsares cayeron muertos entre las cañas, tiñendo el agua con su sangre. “¡Pum, pum!” Los fusiles dispararon de nuevo y de entre los juncos se levantaron bandadas de patos salvajes, en los que hacían estragos los perdigones.

Se trataba de una cacería y los cazadores habían rodeado el pantano. Algunos estaban sentados en las ramas de los árboles que se extendían sobre los juncos; el humo azul se levantaba en forma de nubecillas por entre los árboles y se quedaba suspendido sobre el pantano.

“¡Plaf, plaf!”, los perros iban de un lado a otro por el cenagal y se arrojaban al agua para atrapar las piezas. A su paso los juncos y las cañas se doblaban en todas direcciones. Aquello era en extremo alarmante. El patito ocultó la cabeza bajo un ala y en aquel momento un perro espantoso apareció ante él; le colgaba

la lengua y los ojos le brillaban con expresión maligna. Abrió su inmensa boca a muy corta distancia de él, mostró sus afilados dientes y... “¡plaf!”, se arrojó al agua sin tocarlo.

—¡Gracias a Dios! —suspiró el patito—. Soy tan feo que ni siquiera el perro ha querido morderme.

Permaneció completamente inmóvil mientras los perdigones atravesaban las matas silbando y un disparo tras otro desgarraban el aire. Después de muchas horas volvió a reinar la tranquilidad, pero ni aún entonces el pobre patito se atrevió a levantarse; esperó algunas horas más antes de mirar a su alrededor, y luego se alejó presuroso del pantano. Atravesó campos y prados, pero soplaba un viento tan fuerte que a duras penas podía avanzar.

Anochece ya cuando llegó a una casa pequeña y de pobre aspecto; casi merecía el nombre de cabaña miserable y se hallaba en tan mal estado, que no se caía sin duda por no saber de qué lado hacerlo. Silbaba el viento con tal intensidad en torno del patito, que se vio obligado a sentarse sobre su cola para resistirlo. Pero el huracán adquiría cada vez mayor violencia. Entonces el patito vio que la puerta de la vivienda se sostenía con una sola bisagra y colgaba torcida, dejando una

abertura por la que pudo penetrar en la casa. Vivía allí una vieja en compañía de su gato y de una gallina. Daba al primero el nombre de Hijito y él sabía arquear el lomo, roncar de satisfacción y despedir chispas eléctricas cuando se le pasaba la mano a contrapelo. En cuanto a la gallina, tenía las patas muy cortas y por esta razón recibía el nombre de Patas Cortas. Ponía muy buenos huevos y la vieja la quería como si fuera su propia hija.

A la mañana siguiente fue descubierto el pobre patito y el gato empezó a ronronear y la gallina a cacarear.

—¿Qué pasa? —se preguntó la vieja, mirando a su alrededor. Como veía poco y mal, se figuró que el patito era un pato gordo y hermoso que se había escapado de algún corral—. ¡Buen hallazgo! —añadió—. Ahora tendré huevos de pato, siempre que no sea macho. Vamos a averiguarlo.

Tuvo al patito a prueba por espacio de tres semanas, pero el ave no puso ningún huevo. El gato era el amo de la casa y la gallina el ama. Uno y otra decían siempre “Nosotros y el mundo”, pues se figuraban representar la mitad del mundo, y no ciertamente la peor.

El patito pensaba otra cosa, pero la gallina ni siquiera se dignó oír.

–¿Sabes poner huevos? –le preguntó.

– No.

–¿Me harás, pues, el favor de callarte?

–¿Sabes arquear el lomo, ronronear o despedir chispas? –dijo el gato.

–No.

–En ese caso, guárdate tus opiniones y deja hablar a la gente con sentido común.

El patito se guareció en un rincón para sumirse en su mal humor; luego empezó a pensar en el aire fresco y en la luz del sol, y sintió un inexplicable deseo de flotar en el agua, hasta que no pudo reprimir su anhelo y lo comunicó a la gallina.

–¿Qué te pasa? –preguntó ésta–. Ya me doy cuenta. No tienes nada que hacer y por eso no piensas más que en tonterías. Pon algunos huevos o empieza a ronronear y verás cómo no te acuerdas más de esas cosas.

–No sabe usted cuán delicioso es flotar en el agua –le contestó el patito–. Es encantador sentir el agua alrededor de la cabeza cuando se bucea hasta el fondo.

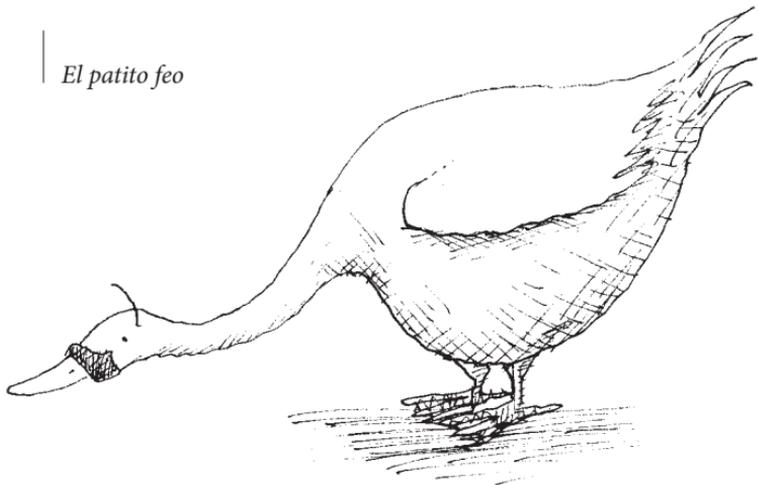
–¡Vaya, bonita diversión! –contestó la gallina–.



Temo que te has vuelto loco. Pregúntale al gato acerca de eso; es la persona mas sensata que he conocido. Pregúntale si tiene deseos de flotar en el agua o de bucear en ella. Y no digo nada de mí misma. Pregunta a nuestra ama. No hay en el mundo persona más sabia que ella. ¿Te parece que tiene el menor deseo de flotar en el agua o de bucear?

–Veo que ustedes no me comprenden –dijo el patito.

–Y si nosotros no te comprendemos, ¿quién lo hará? Supongo que no vas a considerarte más listo que el gato y que la vieja, eso sin hablar de mí. No seas estúpido, hijo, y da gracias a Dios por el bien que te hemos



hecho. ¿No vives en una casa cómoda y caliente, y con tal compañía que bien podrías haber aprendido algo? Pero eres un idiota y no es divertido hablar contigo. Créeme, te quiero bien y te canto las verdades, que es la forma más segura de mostrar la amistad. Pero procura poner huevos y aprende a ronronear o al menos a despedir chispas.

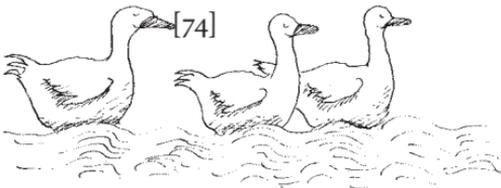
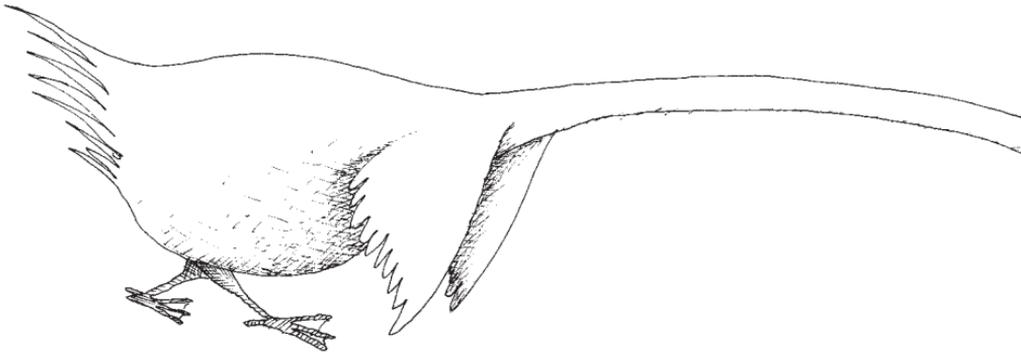
–Me parece que iré a recorrer el mundo –contestó el patito.

–Pues que te vaya bien–replicó la gallina.

Así, pues, el patito abandonó aquella vivienda. Iba de un lado a otro y todos los seres vivientes lo miraban extrañados de su fealdad. Llegó el otoño y las

hojas de los árboles se pusieron amarillas o pardas; el viento frío se apoderó de ellas y las hizo danzar. El cielo se puso gris y las nubes aparecían cargadas de nieve y granizo. Un cuervo, posado en una tapia, graznaba de frío. Y el pobre patito estaba en tan mala situación, que daba escalofrío sólo pensar en ella.

Una tarde, cuando se ponía el sol en medio de los esplendores invernales, una bandada de hermosas y grandes aves apareció por ente las matas. El patito no había visto nunca nada tan bello. Eran de una blancura deslumbradora y tenían cuellos largos y flexibles. Eran cisnes. Lanzando un grito peculiar, extendieron sus magníficas alas y emprendieron el vuelo hacia las tierras cálidas que había más allá del mar. Volaron



tan alto, tan alto, que el patito se sintió agitado por extraña inquietud; nadaba describiendo círculos y torciendo el cuello para seguir las evoluciones de aquellas magníficas aves. Luego profirió un grito tan agudo y raro, que al oírlo se asustó. No podía olvidar aquellas hermosas aves, aquellas aves dichosas, y en cuanto las hubo perdido de vista, buceó hasta el fondo del agua. Al volver a la superficie, estaba fuera de sí. Ignoraba qué aves eran aquellas o adónde iban, pero se sentía atraído hacia ellas como nunca se había sentido atraído hacia ninguna otra cosa. No las envidiaba, pues ni siquiera le pasaba por la imaginación que pudiera llegar a ser tal maravilla de belleza. A él le habría bastado con que los patos, al menos, toleraran su presencia. ¡Pobre patito feo!

El invierno fue tan terriblemente frío, que el patito debía agitar las patas en el agua a toda prisa para impedir que se helase; pero cada noche el agujero en que nadaba era más pequeño que el día anterior. Luego heló de un modo tan intenso, que crujió la superficie del hielo y el patito tuvo que mover incesantemente las patas para que el hielo no lo aprisionara. Al final estaba tan fatigado que ya no pudo seguir moviéndose y quedó preso en el hielo.



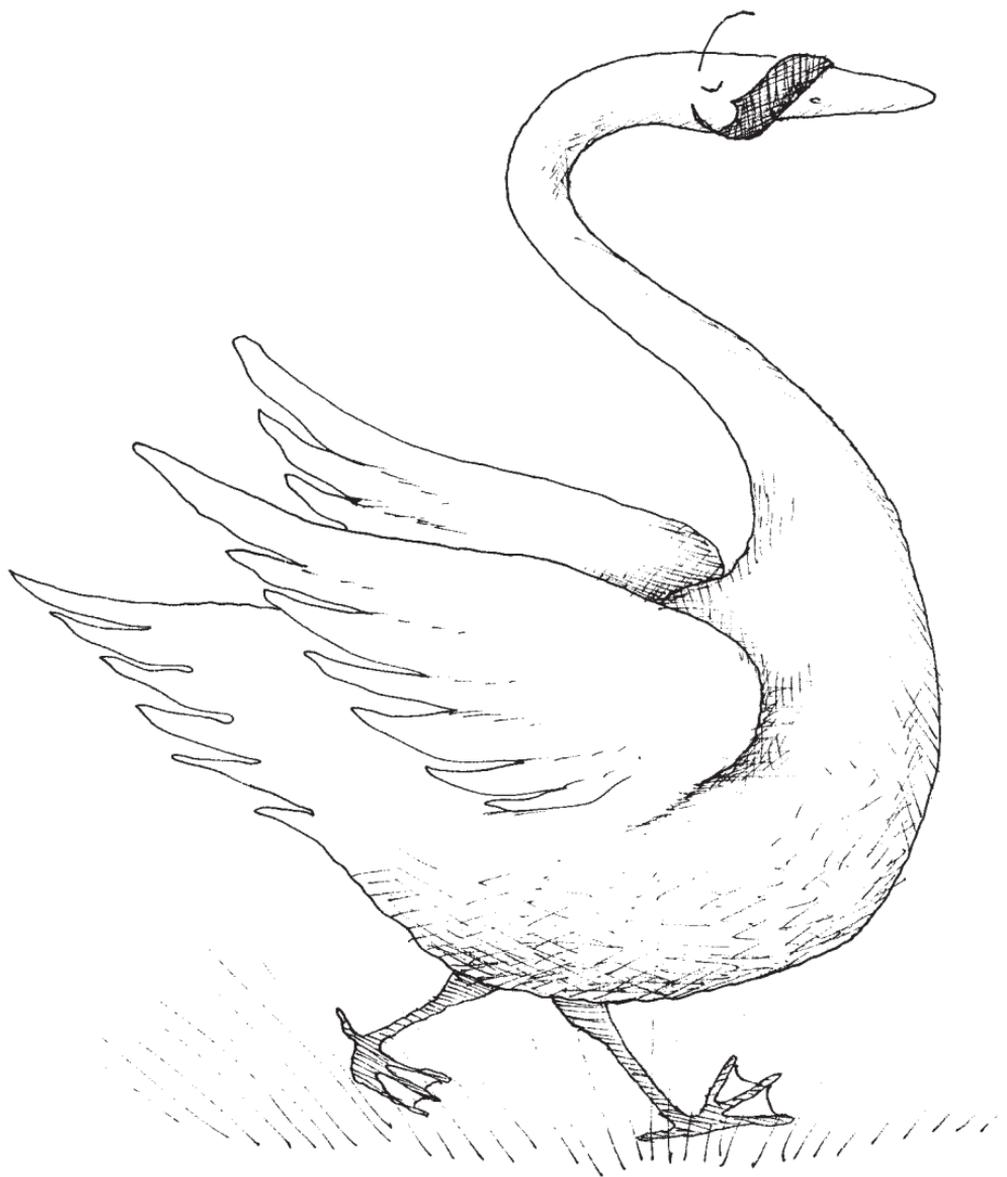
A la mañana siguiente, muy temprano, apareció un campesino que lo vio por casualidad; se acercó al hielo, hizo un agujero en él con uno de sus zuecos, y le llevó el patito a su mujer. Allí el animal revivió. Los niños querían jugar con él, pero el patito se figuró que iban a matarlo y, en su espanto, se arrojó contra el cántaro de la leche y el líquido se derramó por el suelo. Chilló la dueña de la casa, elevando las manos al cielo desesperada, en tanto que el patito, asustado, se cayó en el barril de la mantequilla, luego en la artesa, que estaba llena de harina y, cuando al fin pudo salir, ¡ya se pueden imaginar cuál sería su aspecto! La dueña de la casa no paraba de gritar y trataba de golpearlo con las tenazas. Los niños se atropellaban entre sí en sus esfuerzos por apoderarse del patito y reían y gritaban sin cesar. Por suerte la puerta estaba abierta, de manera que el patito acabó huyendo y ocultándose entre las matas y la nieve recién caída. ¡Estaba agotado!

Sería tristísimo contar todas las privaciones y miserias que lo agobiaron durante el invierno, que fue muy duro. Cuando el sol empezó a calentar la tierra, el patito estaba en el pantano echado entre los juncos. Las alondras cantaban alegres. Había llegado la primavera.

El patito extendió las alas, batió con ellas el aire y observó que lo hacía con mucho más vigor que antes. Emprendió el vuelo y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en un gran jardín, rodeado de manzanos en flor. Las lilas perfumaban el ambiente y sus largas ramas colgaban por las orillas de los sinuosos canales. ¡Cuán deliciosa era aquella fresca primavera!

Frente a él vio a tres hermosos cisnes blancos que, desde un bosquecillo, nadaban a su encuentro, con gran ruido de plumas. Y el patito reconoció aquellas majestuosas aves y se sintió sobrecogido de extraña melancolía. “Volaré hacia ellas, hacia esas aves regias, y ellas sin duda me destrozarán porque yo, tan feo, me atrevo a acercarme a ellas. Pero no me importa. Prefiero ser muerto por ellas que mordido por los patos, picado por las gallinas y pateado por la mujer que las cuida, y sufrir tantas miserias durante otro largo invierno.”

Se acercó, pues, al agua y nadó hacia los majestuosos cisnes; ellos lo vieron y acudieron a su encuentro con las plumas erizadas. El desdichado patito inclinó la cabeza hacia el agua esperando su fin. Pero, ¿qué vio reflejado en ella? Pues su propia imagen; pero ya no era un pato gris, feo y torpe, sino un magnífico cisne.



Poco importa haber nacido en un corral, cuando se sale de un huevo de cisne.

Entonces se alegró de todas las miserias, tribulaciones y persecuciones de que había sido objeto. Así podía apreciar mucho mejor su buena fortuna y la belleza que le sonreía. Los enormes cisnes nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.

Llegaron al jardín unos niños pequeños provistos de semillas y de pedacitos de pan que arrojaron al agua. Y el más pequeño gritó:

–¡Hay otro cisne!

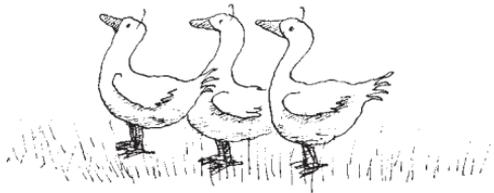
–¡Sí, ha venido otro! –exclamaron los demás llenos de júbilo.

Empezaron a palmotear y a dar saltos de alegría. Luego fueron al encuentro de sus padres. Arrojaron al agua todo el pan y todos los pasteles y afirmaron que el nuevo cisne era el más bonito y elegante. Y los cisnes antiguos inclinaron sus cabezas rindiéndole homenaje.

Se sentía tímido y casi avergonzado, y ocultó la cabeza bajo un ala; no sabía qué pensar. Era muy feliz, pero no sentía ningún orgullo. Un buen corazón nunca es orgulloso. Pensó en las persecuciones y las

burlas que había sufrido y ahora oía decir que él era el más hermoso de todos los cisnes. La lila inclinaban sus cabezas hacia el agua, ante él; el sol brillante era cálido y agradable, y el nuevo cisne esponjó las plumas y levantando el esbelto cuello exclamó, entusiasmado, para sí:

“¡Nunca soñé con tanta felicidad cuando solamente era el patito feo!”



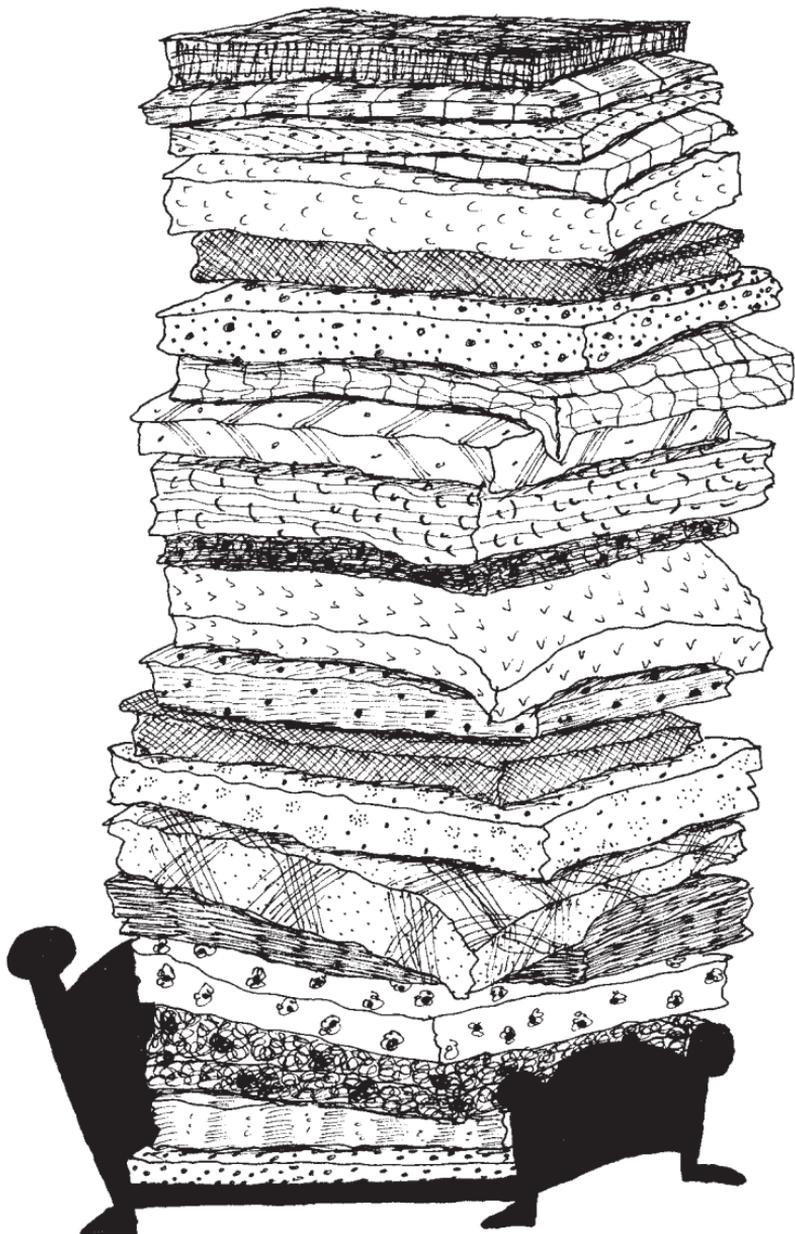
## La princesa y la alverja

É R A S E U N A vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero tenía que ser una verdadera princesa. El príncipe viajó por todo el mundo en su deseo de hallar a la mujer de sus sueños, pero siempre se presentaba uno u otro inconveniente.

En el mundo abundaban las princesas, pero cuando quería investigar si eran princesas de verdad, siempre encontraba dificultades para lograrlo y probarlo, y en general descubría algún detalle que no le agradaba. Al fin, ante la inutilidad de sus esfuerzos, el príncipe, muy triste, volvió a su palacio. ¡Con qué placer se casaría con una verdadera princesa!

Una noche estalló una terrible tempestad; relampagueaba y tronaba; llovía a cántaros: era verdaderamente espantoso.

De pronto, alguien llamó a la puerta de palacio, y el anciano rey en persona acudió a abrir.



Allí afuera había una princesa, ¡pero en qué estado tan lamentable, a causa de la lluvia y del viento! Le caía el agua a chorros de sus cabellos y de su vestido, le entraba por las puntas de los zapatos; pero, con todo, sostenía que era una princesa de verdad.

—Pronto veremos si eso es verdad —pensó la anciana reina, aunque no comunicó a nadie su pensamiento.

Se dirigió al dormitorio, sacó toda la ropa de la cama y colocó una alverja sobre las tablas del fondo; luego puso encima veinte colchones y otros tantos edredones de plumas. Esa sería la cama de la princesa.





Llegada la mañana siguiente, le preguntaron si había descansado bien.

–He pasado una noche malísima –contestó ella–. Apenas si pude pegar un ojo en toda la noche. ¡Sabe Dios qué habría en la cama! He estado tendida sobre algo muy duro y tengo todo el cuerpo lleno de moretones. ¡Es terrible!

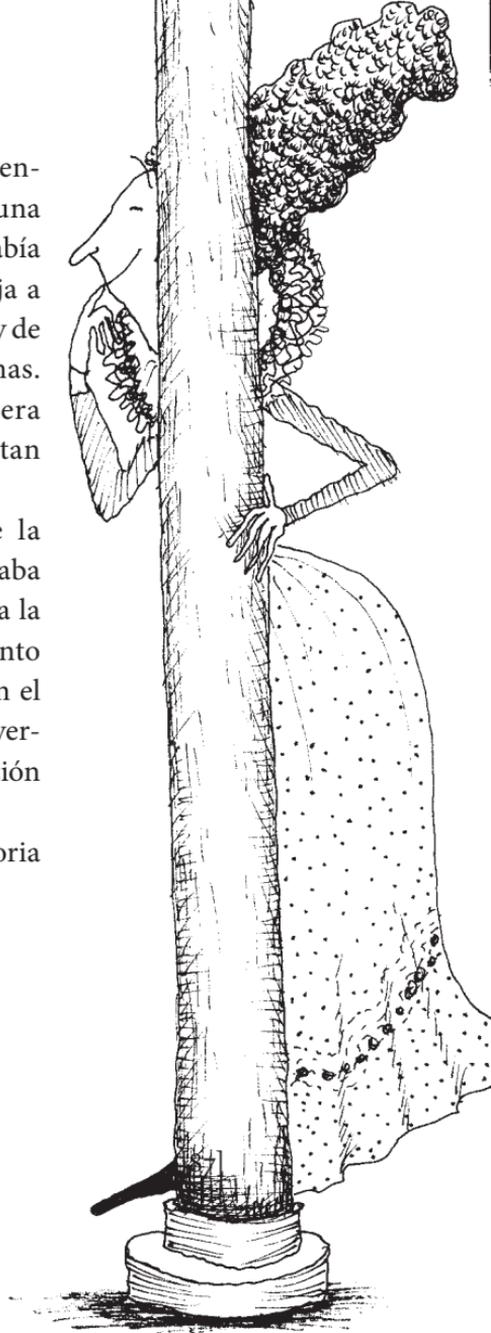




Entonces todos comprendieron que se hallaban ante una verdadera princesa, ya que había sido capaz de sentir la alverja a través de los veinte colchones y de los veinte edredones de plumas. Nadie más que una verdadera princesa podría tener la piel tan delicada.

Así, pues, el príncipe la tomó por esposa, porque estaba seguro de haber encontrado a la princesa que quería. En cuanto a la alverja, fue depositada en el museo, donde todavía puede verse, si nadie ha sentido la tentación de robarla.

¡Y esta sí que es una historia verdadera!





## La niña de los fósforos

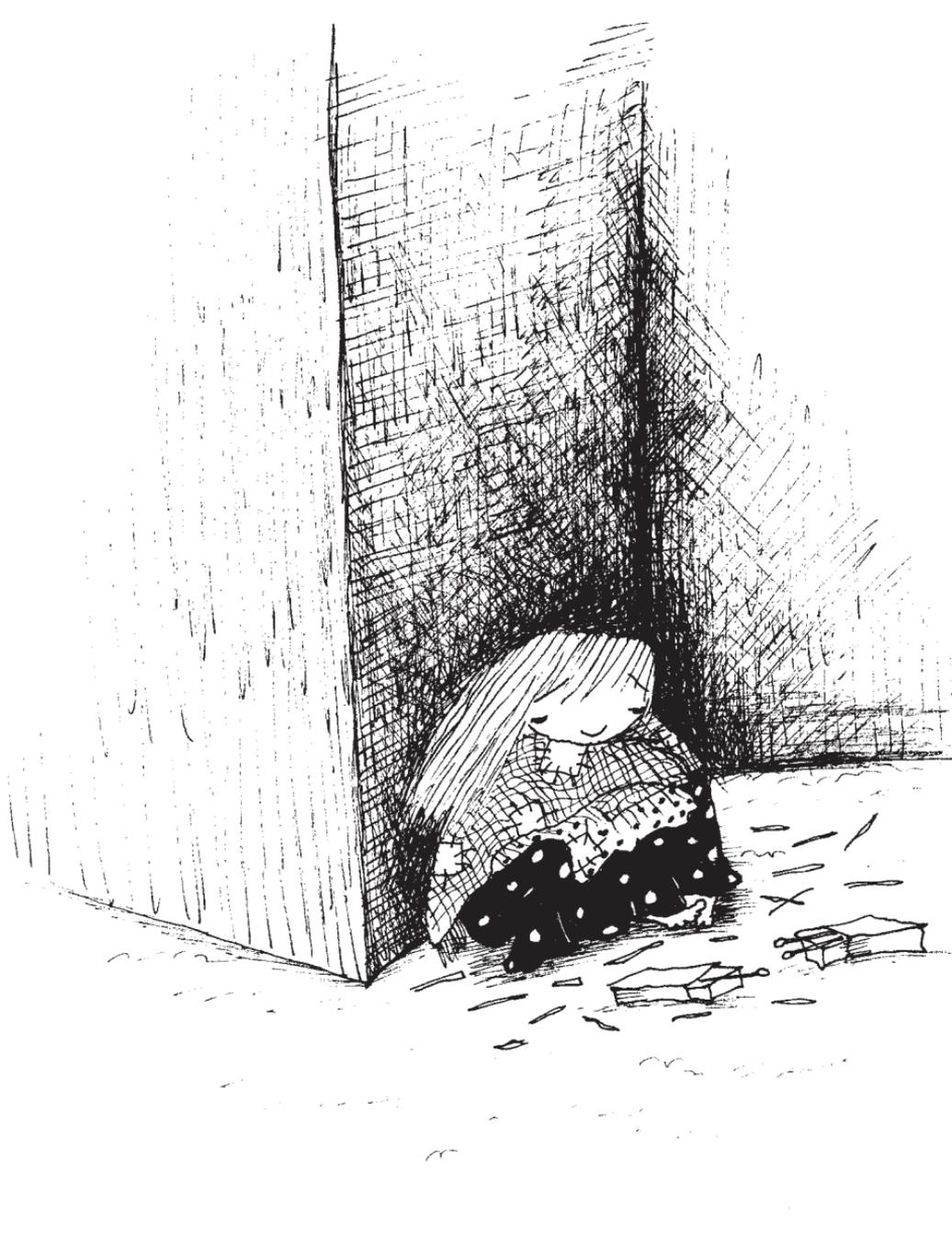
ERA EL día de nochevieja, la última noche del año. Hacía un frío terrible, nevaba y empezaba a anochecer. A pesar del frío y de la creciente oscuridad, una pobre niña, descalza y con la cabeza descubierta, erraba por las calles. Al salir de casa llevaba puestas unas zapatillas que no le habían servido de mucho porque le quedaban muy grandes –tan grandes eran que la última en usarlas había sido su madre– y las había perdido al cruzar corriendo una calle para evitar que la atropellaran dos carros que pasaban veloces. No pudo encontrar una de las zapatillas, y la otra se la llevó un pilluelo diciendo que la guardaría para que le sirviera de cuna a sus hijos, cuando los tuviera; y ahora la pequeña caminaba con los pies descalzos y amoratados por el frío.

En un delantal viejo llevaba un atado de fósforos, y otro en la mano. Pero nadie le había comprado ni uno en todo el día y tampoco le habían dado una sola

moneda. ¡La pobrecita parecía estar completamente rendida, hambrienta y aterida de frío! Los copos de nieve iban cubriendo el oro de su rizado cabello que le caía por la espalda, pero ella no se daba cuenta. Estaba abstraída pensando que era nochevieja: todas las ventanas estaban iluminadas y hasta la calle llegaba el delicioso aroma de ganso asado.

Se sentó, acurrucándose, en el rincón formado por la fachada de dos casas, una de las cuales sobresalía más que la otra; pero a pesar de que acercó sus piernitas al cuerpo lo más que pudo, sentía más y más frío. No se atrevía a ir a su casa, pues no había vendido un solo fósforo ni había recibido un centavo, y su padre le pegaría. Además en su casa también hacía frío porque encima de sus cabezas tenían solamente el tejado y el viento entraba silbando por las grietas –aunque las rendijas más grandes estaban tapadas con paja y trapos.

Las manos de la niña estaban casi yertas de frío. ¡Ah!, y si prendiera un fósforo raspándolo contra la pared... Tomó uno y ¡ras! ¡Cómo chisporroteaba! ¡Qué bien encendido estaba! Ardía con una llama muy clara, y cuando puso la mano delante parecía una velita; pero una velita muy curiosa. A la niña le parecía estar senta-



da ante una gran estufa de hierro adornada con bolas de latón brillante, y con un buen fuego en el hogar; ¡qué bien calentaba! La niña empezaba ya a estirar las piernas para calentarse los pies cuando, de pronto, se apagó la llama; la estufa desapareció y la niña se quedó con el cabito del fósforo apagado en la mano.

Frotó otro que prendió y empezó a brillar, y allí donde la luz caía sobre el muro, éste se hizo transparente como una gasa; la niña pudo ver el interior de una habitación donde había una mesa puesta con un mantel de resplandeciente blancura y con vajilla de porcelana fina. En el centro de la mesa humeaba un ganso asado, relleno de ciruelas pasas y de manzanas; pero lo más extraordinario de todo fue que el ganso saltó de la fuente y, con el cuchillo y el tenedor clavados en la espalda, atravesó contoneándose el suelo de la habitación en dirección a la niña. De pronto se apagó el fósforo y sólo quedó el muro de la casa, grueso y frío.

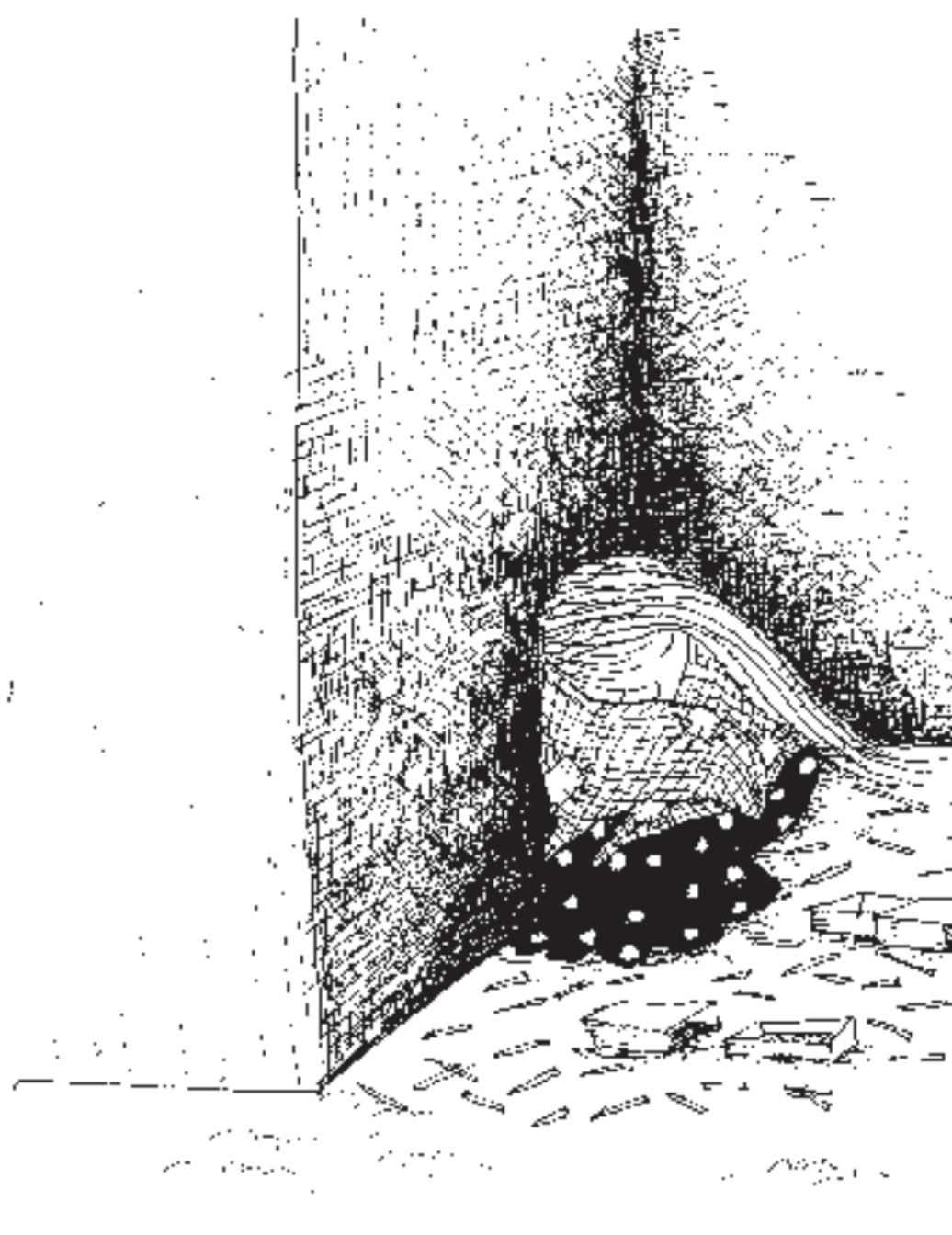
Encendió otro y se halló ante un magnífico árbol de Navidad, más grande y más adornado que el que había visto, a través de una puerta vidriera, en casa de un rico comerciante el día de Nochebuena. En las verdes ramas del árbol brillaban millares de luces, y de él colgaban, como mirándola, estampas multicolores

como las que había visto adornando los escaparates de las tiendas. La niña ya alargaba los bracitos hacia el árbol cuando se apagó la llama... y las miles de velitas subieron y subieron hasta convertirse en estrellas de reluciente claridad. Una de ellas cayó dejando en el cielo una larga estela de luz.

“Alguien muere en este momento”, pensó la niña. Pues su abuelita, que era la única persona que había sido buena con ella pero que ahora estaba muerta, le había dicho: “Cuando cae una estrella, sube un alma hacia Dios.”

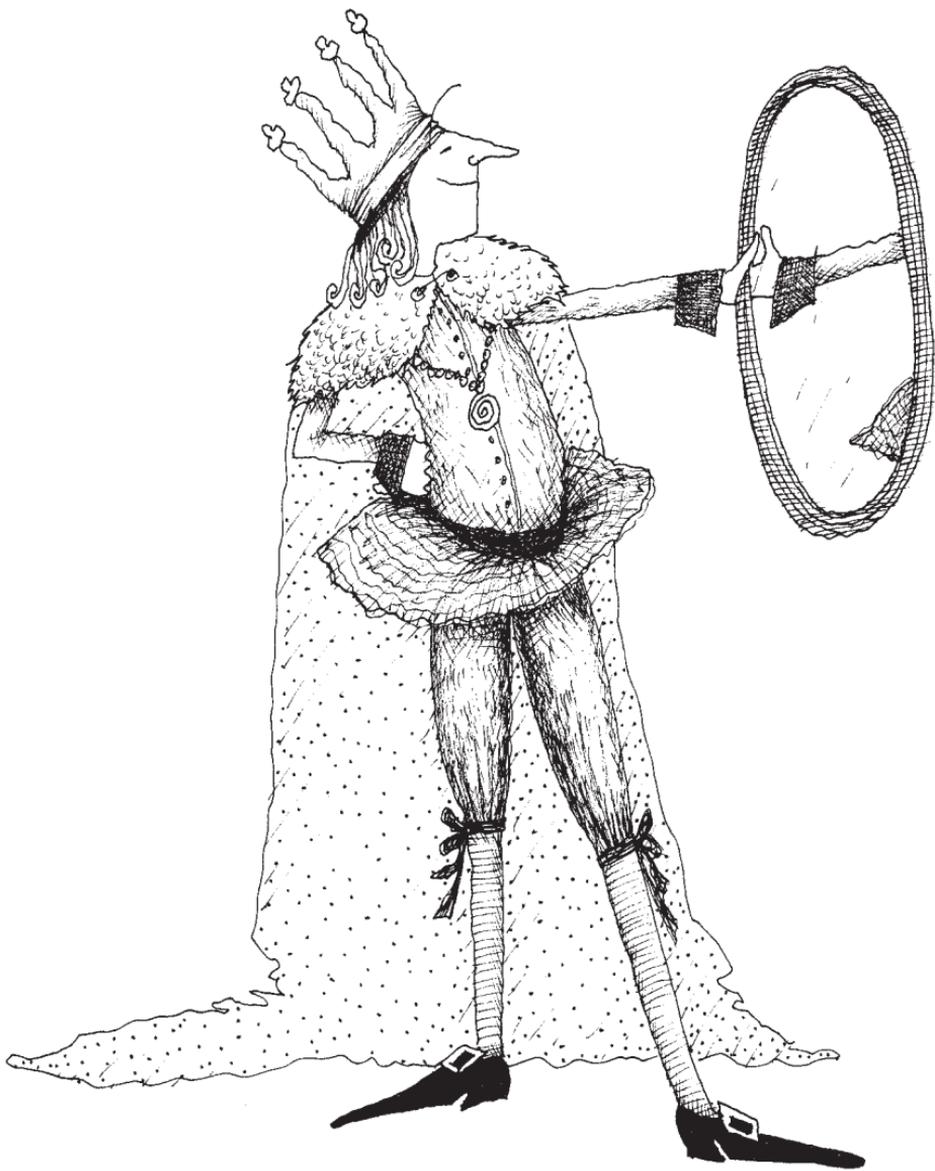
Volvió a raspar un fósforo contra el muro. ¡Con qué claridad brilló! En medio de su resplandor vio a su abuelita, límpida, luminosa, dulce y llena de bondad.

–¡Abuelita! –gritó la pequeña–. ¡Llévame contigo! Sé que desaparecerás cuando se apague el fósforo. Que desaparecerás como desaparecieron la estufa encendida, el sabroso asado de ganso y el maravilloso árbol de Navidad –y la niña, para no perder a su abuelita, frotó rápidamente contra la pared todos los fósforos que quedaban en el manojo; ardieron dando una luz más clara que la misma luz del día. ¡La abuela nunca había parecido más alta ni más bella! La anciana tomó a la niña en sus brazos y ambas volaron hacia las alturas,



allí donde no existen ni el frío, ni el hambre, ni la angustia, pues se está cerca de Dios.

En las horas frías de la mañana, la niña continuaba acurrucada en el rincón formado por las dos casas; tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa angelical entreabría sus labios: estaba muerta. Había muerto de frío durante la última noche del año. La mañana del nuevo año se abrió sobre el rígido cuerpecito; todavía tenía algunos fósforos, aunque de un manajo sólo quedaban los cabitos quemados. “Habrá querido calentarse”, decían los que pasaban. Pero nadie pudo adivinar las bellas cosas que había visto, ni tampoco con qué resplandor había comenzado a gozar del año nuevo junto con su abuelita.



## Los vestidos del emperador

HACE MUCHOS años había un emperador tan aficionado a los trajes nuevos que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia.

No se interesaba por sus soldados ni por el teatro, ni le gustaba salir de paseo por el campo, a menos que fuera para lucir sus trajes nuevos. Tenía un vestido distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey: “Está en el Consejo”, de nuestro hombre se decía: “El Emperador está en el vestuario.”

La ciudad en que vivía el Emperador era muy alegre y bulliciosa. Todos los días llegaban a ella muchísimos extranjeros, y una vez se presentaron dos pícaros que se hacían pasar por tejedores, asegurando que sabían tejer las más maravillosas telas. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas confeccionadas con ellas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no mereciera su cargo o que fuera irremediamente estúpida.

–¡Deben ser vestidos magníficos! –se dijo el Emperador–. Si los tuviera, podría averiguar qué funcionarios del reino no merecen el cargo que ocupan. Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos. ¡Que se pongan en seguida a tejer la tela –y mandó que le pagaran a los dos pícaros un buen adelanto para que pusieran manos a la obra cuanto antes.

Ellos montaron un telar y simularon trabajar; pero no tenían nada en la máquina. A pesar de ello, se hicieron traer las sedas más finas y el oro de mejor calidad, que se embolsaron sin problema, mientras seguían fingiendo que trabajaban en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

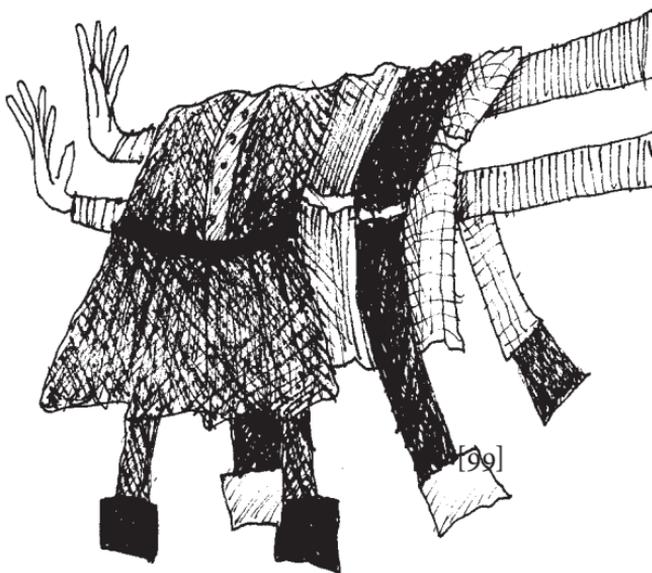
“Me gustaría saber si avanzan con la tela”, pensó el Emperador. Pero había algo que lo preocupaba y era el hecho de que un hombre estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo, claro que no; pero, por si acaso, prefería que otro fuera primero, para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz.

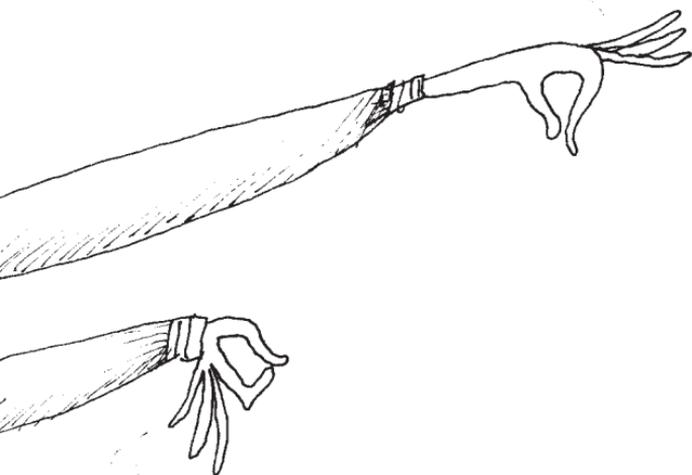
“Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los

tejedores”, pensó el Emperador. “Es un hombre honrado y el más indicado para juzgar las cualidades de la tela, pues tiene talento y no hay quién desempeñe el cargo como él.”

El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos embaucadores, que seguían trabajando en los telares vacíos. “¡Dios me ampare!”, pensó el ministro para sus adentros, abriendo unos ojos como platos: “¡Pero si no veo nada!” y, sin embargo, no soltó palabra.

Los dos fulleros le rogaron que se acercara y le preguntaron si no encontraba magníficos el color y el dibujo. Le señalaban el telar vacío, y el pobre hombre



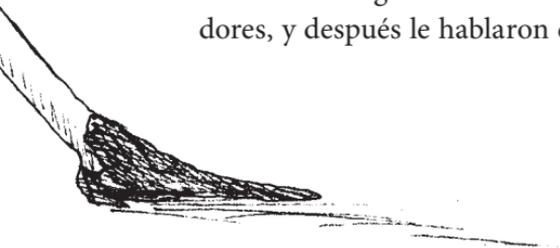


seguía con los ojos desenchajados pero sin ver nada, puesto que nada había. “¡Dios santo!”, pensó. “¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído, y nadie tiene que saberlo. ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No, desde luego no puedo decir que no he visto la tela.”

—¿Qué? ¿No dice Su Excelencia nada del tejido? —preguntó uno de los tejedores.

—¡Oh, precioso, maravilloso! —respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes—. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, le diré al Emperador que me ha gustado extraordinariamente.

—Nos alegra mucho —respondieron los dos tejedores, y después le hablaron de los colores y del raro





dibujo del tejido. El viejo tuvo buen cuidado de aprender las explicaciones de memoria para poder repetir las al Emperador, y así lo hizo.

Los estafadores pidieron entonces más dinero, seda y oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Todo fue a parar a sus bolsillos, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Poco después el Emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado de la tela e informarse de si quedaría pronto lista. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver.

–¿Verdad que es una tela bonita? –preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

“Yo no soy tonto”, pensó el hombre, “y el empleo que tengo no lo suelto. Sería muy fastidioso. Es preciso que nadie se dé cuenta.” Así que se deshizo en alabanzas de la tela que no veía y exageró su entusiasmo por aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo.

–¡Es digno de admiración! –dijo al Emperador.

Todos los habitantes de la capital hablaban de la magnífica tela, tanto que el Emperador quiso verla

con sus propios ojos antes de que la sacaran del telar. Seguido de una multitud de personajes escogidos, entre los cuales figuraban los dos honrados funcionarios de marras, se encaminó a la casa donde paraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo con todas sus fuerzas, aunque sin hebras ni hilados.

–¿Verdad que es admirable? –preguntaron los dos honrados dignatarios–. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos –y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían la tela.

“¡Cómo!”, pensó el Emperador. “¡No veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no merezco ser emperador? Eso sería espantoso.”

–¡Oh, sí, es muy bonita! –dijo–. Me gusta, la apruebo –y con un gesto de agrado miraba el telar vacío; no quería confesar que no veía nada.

Todos los miembros de su séquito miraban y remiraban, pero ninguno sacaba nada en limpio; no obstante, no paraban de exclamar, como el Emperador: “¡Oh, qué bonito!”, y le aconsejaron que estrenara los vestidos confeccionados con aquella tela en la procesión que debía celebrarse próximamente. “¡Es preciosa, elegantísima, estupenda!”, corría de boca en boca, y todo el mundo parecía extasiado con ella.

El Emperador concedió una condecoración a cada uno de los dos bribones para que se las prendieran en el ojal, y los nombró tejedores imperiales.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con dieciséis lámparas encendidas, para que la gente viera que trabajaban activamente en la confección de los nuevos vestidos del soberano. Simularon quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla con agujas sin hebra. Finalmente, dijeron:

–¡Por fin, el vestido está listo!

Llegó el Emperador en compañía de sus caballeros principales, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuvieran algo, dijeron:

–He aquí los pantalones. Ahí está la casaca. Aquí tienen el manto... Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería que no lleva nada sobre el cuerpo, pero precisamente eso es lo que hace magnífica la tela.

–¡Sí! –asintieron todos los cortesanos a pesar de que no veían nada, pues nada había.

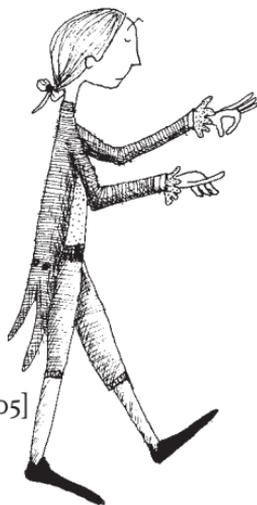
–¿Quiere dignarse Vuestra Majestad quitarse el traje que lleva –dijeron los dos bribones– para que podamos probarle el nuevo delante del espejo?

El Emperador se quitó sus prendas y los dos simularon ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Y cogiendo al Emperador por la cintura, hicieron como si le ataran algo, la cola seguramente; y el monarca no hacía otra cosa que dar vueltas ante el espejo.

–¡Qué bien le sienta, se le ve de maravilla! –exclamaban todos–. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

–El palio bajo el cual irá Vuestra Majestad durante la procesión lo espera en la calle –anunció el maestro de ceremonias.

–Muy bien, estoy listo –dijo el Emperador–. ¿Verdad que me sienta bien? –y una vez más se miró en el espejo para que todos creyeran que veía el vestido.





Los ayudas de cámara encargados de sostener la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y avanzaron con ademán de sostener algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el Emperador bajo el magnífico palio, mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, decía:

–¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!

Nadie quería que los demás se dieran cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido. Ningún traje del monarca había tenido tanto éxito como aquel.

–¡El emperador va en pelota! –exclamó de pronto un niño.

–¡Santo Dios, esa es la voz de la inocencia! –dijo su padre; y todo el mundo se fue repitiendo al oído lo que acababa de decir el pequeño.

–¡Va en pelota; lo dice un niño, va en pelota!

–¡El emperador va en pelota! –gritó, al fin, el pueblo entero.

Aquello inquietó al Emperador, pues sospechaba que el pueblo tenía razón. Pero pensó: “Hay que

aguantar hasta el fin.” Y siguió más altivo que antes mientras los ayudados de cámara seguían sosteniendo la inexistente cola.







LOS VESTIDOS DEL  
EMPERADOR Y OTROS  
CUENTOS FUE EDITADO  
POR EL INSTITUTO  
DISTRITAL DE  
CULTURA Y TURISMO  
Y LA SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN DISTRITAL  
PARA SU BIBLIOTECA



*libro al viento*

BAJO EL NÚMERO  
DIECISIETE Y SE  
IMPRIMIÓ EL MES DE  
OCTUBRE DEL AÑO  
2005 EN BOGOTÁ

